

EL ANTICLERICALISMO COMO UN VALOR POSMODERNO EN *LA PIEL DEL TAMBOR*

DE ARTURO PÉREZ-REVERTE

by

ASHLEY LAUREN MCLEOD

(Under the direction of Stacey Dolgin Casado)

ABSTRACT

The purpose of this study is to examine the anticlerical aspects of Arturo Pérez-Reverte's *La piel del tambor*, and how such features correspond to the values of postmodern Spanish literature. We begin our analysis by noting the Church's connection to modernity and how Pérez-Reverte exposes this bond through his use of a small baroque church, Nuestra Señora de las Lágrimas. Next, we consider the corporate nature of the Church's esteemed hierarchy, as well as the seedy underbelly of the organization's more private transactions. The majority of this study explores the enigmatic, and at times contradictory, existence of three members of various clerical orders. The study concludes with an analysis of the problematic ending of the novel, in which the reader is left in a profound state of disillusionment. These elements combine to create a work that is markedly postmodern in its criticism of both the Catholic Church and the Vatican.

INDEX WORDS: *La piel del tambor*, Arturo Pérez-Reverte, Postmodernism, Anticlericalism

EL ANTICLERCALISMO COMO UN VALOR POSMODERNO EN *LA PIEL DEL TAMBOR*

DE ARTURO PÉREZ-REVERTE

by

ASHLEY LAUREN MCLEOD

B.A., The University of the South, 2004

A Thesis Submitted to the Graduate Faculty of The University of Georgia in Partial

Fulfillment of the Requirements for the Degree

MASTER OF ARTS

ATHENS, GA

2009

© 2009

Ashley Lauren McLeod

All Rights Reserved

EL ANTICLERICALISMO COMO UN VALOR POSMODERNO EN *LA PIEL DEL TAMBOR*

DE ARTURO PÉREZ-REVERTE

by

ASHLEY LAUREN MCLEOD

Major Professor: Stacey Dolgin Casado

Committee: Noel Fallows
Nicolás Lucero

Electronic Version Approved:

Maureen Grasso
Dean of the Graduate School
The University of Georgia
May 2009

A mis padres y mi familia

A Lola, mi mejor amiga

ÍNDICE

CAPÍTULO		Página
I	INTRODUCCIÓN.....	1
	1.1 El autor y sus obras.....	1
	1.2 La sensibilidad posmoderna.....	2
	1.3 El anticlericalismo.....	11
II	ANÁLISIS CRÍTICO.....	18
	2.1 Nuestra Señora de las Lágrimas: Una iglesia moderna.....	20
	2.2 La Iglesia Católica como una empresa multinacional.....	29
	2.3 Quart como un cura atípico.....	38
	2.4 Ferro: Un enigma de la fe católica.....	49
	2.5 Gris Marsala.....	61
	2.6 El problema del desenlace.....	64
III	CONCLUSIONES.....	68
	OBRAS CITADAS.....	72

CAPÍTULO I

INTRODUCCIÓN

1.1 EL AUTOR Y SUS OBRAS

Arturo Pérez-Reverte se conoce como uno de los autores más populares de la época posmoderna que persiste en España hoy en día. Sus obras se leen por todo el mundo; han sido traducidas a más de treinta idiomas, y algunas aún han sido adaptadas a la pantalla cinematográfica (Oxford 263; Durham and Gabriele 234).

Pérez-Reverte nació en Cartagena el 24 de noviembre de 1951, y pasó la mayor parte de su niñez en Murcia donde descubrió una pasión por la lectura. A lo largo de su juventud, leía miles de libros, y logró sentir una fascinación por las obras del Siglo de Oro español. Al cumplir los dieciocho años, adquirió un puesto como petrolero porque quería explorar el mundo. Pérez-Reverte nunca pensaba ser autor, pero después de sus viajes en el extranjero, se le despertó en él la necesidad de crear, y eventualmente él se convirtió en periodista, especializando en los actos de terrorismo y los conflictos de armas (Oxford 263). Mientras que trabajaba como corresponsal, publicó su primera novela, *El húsar*, en 1986. Desde ese año, ha ganado varios premios de literatura, y en 2003 se integró en la Real Academia Española (Oxford 263, 267; Ocón Garrido, *Conversación* 99).

Aunque Pérez-Reverte ha escrito unas cuantas obras de literatura infantil, la mayoría de sus novelas se dirigen a un público adulto y contemporáneo. Algunas de sus novelas más populares son: *El maestro de esgrima* (1988), *La tabla de Flandes* (1990), *El club Dumas*

(1993), *La piel del tambor* (1995), *La reina del sur* (2004), una serie que sigue la historia de un soldado del siglo XVII, llamada *Las aventuras del capitán Alatriste* (2005), *La carta esférica* (2005), y *El pintor de batallas* (2006) (Oxford 263-265; Hughs 1). En este trabajo vamos a examinar lo que se considera una de sus obras maestras: *La piel del tambor*.

1.2 LA SENSIBILIDAD POSMODERNA

La sensibilidad posmoderna se percibía en España alrededor de los años setenta del siglo pasado, y aún con más fervor después de la muerte de Francisco Franco y el paso de la dictadura a la democracia. Gonzalo Navajas afirma que, en España, “los conatos inaugurales” de la época posmoderna ocurrieron en los años sesenta con las obras maestras de Luis Martín Santos y Juan Goytisolo (13). Estas obras, y las que surgieron después, intentaban cuestionar y criticar los principios de la modernidad. Los autores posmodernos disputan las formas convencionales y las instituciones establecidas, incluso los métodos de producir la literatura (Navajas 19). Muchos novelistas, como el mismo Pérez-Reverte, niegan la existencia de un orden fijo, y componen obras en las que hay una mezcla de géneros y personajes y en las cuales emergen muchos ejemplos de intertextualidad (Spitzmesser 12).

El término “modernidad” se emplea para describir un período amplio de la historia que se extendía desde la Ilustración y el ascenso de la burguesía, las ciencias y la tecnología, hasta las últimas décadas del siglo XX (Sim, *Companion* 319). Ese período también coincidió con la subida del estado moderno, la ejecución extensa del poder político y la pérdida de poder por parte de la Iglesia Católica. La modernidad se puso en oposición al poder arbitrario y los dogmas excesivos de la religión, y al llegar al siglo XIX, las normas sociales habían cambiado

tanto que, en aquél momento histórico, el trastorno político y social y la transformación radical eran las pautas que regulaban la vida diaria del entorno europeo (Sim, *Companion* 319-320).

El progreso a cualquier costo era una doctrina cardinal de la época moderna, y ella inspiró una esperanza de que el *status quo* cambiara mediante este progreso. La modernidad postulaba que los avances en la política, la ciencia y la tecnología guiarían a una humanidad que pudiera sostenerse libremente en un tipo de utopía. Desde esa esperanza, brotaron unas narrativas grandes que servían como una forma de propaganda. Los que querían sostener el sistema del progreso crearon y propusieron esas narrativas para legitimar ciertas prácticas, y así adelantar la esperanza de una sociedad emancipada. A juzgar por los comentarios de Jean-François Lyotard, las narrativas reflejan unas teorías, proporcionadas por los poderosos, que pretendían presentar unas definiciones universales. Lyotard también afirma que después de la diseminación de esas teorías, los que mantenían el poder gozaban de la autoridad que recibían a causa de dichas narrativas (Lyotard 30; Sim, *Companion* 261). Por lo tanto, las narrativas se manipulaban de tal manera que la historia y los acontecimientos contemporáneos, de aquella época, sólo reflejaban el lado positivo del sistema de progreso y las acciones de los que lo apoyaron (Wakefield 22). De nuevo, Lyotard reafirma que eran precisamente los principios que las narrativas protegían, los que servían para guiarnos a una sociedad emancipada (Lyotard 31-32).

Sin embargo, como ya sabemos, las esperanzas utópicas nunca se cumplieron con las expectativas, y la humanidad tenía que resignarse a vivir en un mundo caótico con los vestigios de las narrativas modernas que ya habían resultado mentirosas (Eagleton 64; Wakefield 23). El fracaso de casi todas las garantías de las instituciones modernas, dejó a esa humanidad en un estado profundo de confusión, desde el cual la civilización desarrollaba un gran escepticismo

hacia todos los fundamentos de los establecimientos de aquella época. Así que esa humanidad llegó a un nivel de intenso desencanto.

En España, esa amargura no se podía manifestar públicamente hasta el fin de la censura sofocante que coincidía con la dictadura de Francisco Franco. Después del fallecimiento del generalísimo en 1975, se despertó en la sociedad española una nueva manera de verse a sí misma “y al mundo exterior” también (Spitzmesser 1). Al conseguir un gobierno democrático, España logró una sensación de libertad y nuevas estructuras gobernantes que prometían la independencia de cada individuo. No obstante, la gente española recordaba las instituciones que se percibían como entidades fraudulentas y que fracasaban en satisfacerla, eventualmente “dando paso, en determinados sectores políticos y sobre todo intelectuales, al fenómeno del ‘desencanto’ o ‘desencanto’” (Spitzmesser 1). En consecuencia, después de tantos años de sufrimiento y represión bajo el gobierno nacionalista de Franco, los españoles perdieron su fe en los fundamentos de la sociedad moderna. Ellos empezaron a refutar la legitimidad y la eficacia de las instituciones establecidas. La mayoría de las estructuras modernas se formaban bajo el pretexto de subrayar el bienestar y la emancipación del ser humano, pero la colectividad española pronto se dio cuenta que todavía no fuera dichosa en realidad. Por consiguiente, los intelectuales empezaron a criticar estas instituciones, que casi nunca habían sido cuestionadas antes.

Arturo Pérez-Reverte capta la sensibilidad posmoderna a lo largo de la trayectoria de sus novelas. En 1995, publicó *La piel del tambor*, que ganó enorme popularidad y además captaba profundamente la sensibilidad de desconfianza posmoderna. Esta obra, como las otras del autor, se caracteriza por una lectura ligera que pretende rechazar los preceptos modernos. No aspira a ser solamente una novela humanizada o socialmente comprometida, porque no intenta cambiar

específicamente al estatus quo que persiste en la sociedad contemporánea. Un texto crítico-social asalta las facetas de la civilización con la intención de provocar una transformación.

En contraste, *La piel del tambor* emerge como una novela escapista y humanizada a la vez. Los textos que suelen enfocarse en el mundo ficticio de la novela, y que se dedican a un examen de la existencia interior del autor, son textos solipsistas que le fuerzan al lector a pensar en la relación entre la realidad verdadera y la realidad ficticia de la obra (Navajas 15). Por el otro lado, las novelas escapistas, como *La piel del tambor*, tradicionalmente plantean un mundo ficticio para que nosotros, los lectores, podamos escaparnos de nuestra realidad cotidiana. Al leer o escribir un texto escapista, tanto nosotros como el autor podemos evitar el mundo verdadero porque la obra que leemos es divorciada de la realidad; por ende, podemos fugarnos del desconcierto del entorno actual en que vivimos y perdernos en el mundo ficticio del texto. Sin embargo, *La piel del tambor* también introduce unas características de la literatura humanizada. Pérez-Reverte ha creado un texto en que “[l]o deshumanizado entretiene, si bien es superficial [y] lo humanizado tiene serias implicaciones éticas” (Casado 62). Esa aproximación de dos conceptos aparentemente opuestos es precisamente lo que permite que la novela manifieste la sensibilidad posmoderna. Antes, la literatura de la modernidad reflejaba unas distinciones fijas entre las etapas literarias; todo se podía definir. En la actualidad, la literatura posmoderna se revela como una mezcla de ingredientes literarios, incluso lo entretenido y lo crítico-social.

A causa del hecho de que es una novela recientemente publicada, existen relativamente pocos estudios que investiguen los temas de *La piel del tambor* en su totalidad. La mayoría de los estudios que versan sobre los textos de Pérez-Reverte se enfoca en sus otras obras populares, como *El club Dumas*, *El maestro de esgrima* y *La tabla de Flandes*. Sin embargo, varias

publicaciones trazan los elementos posmodernos en *La piel del tambor* y en las otras obras del autor. Por ejemplo, en su artículo “The Postmodern Traces of Pérez-Reverte’s Novels” Rocio Ocón-Garrido identifica y delinea las sutilezas del posmodernismo que suelen persistir en varias novelas del autor, mientras que Holly Ann Hughs, en su estudio “Elementos posmodernos en *La piel del tambor*, de Arturo Pérez-Reverte” se enfoca más específicamente en esbozar las maneras en que *La piel del tambor* cumple con la sensibilidad posmoderna.

Por el contrario, Juan Eslava Galán, en su artículo “Sevilla en *La piel del tambor*”, elige enfocar en cómo se representa la ciudad de Sevilla en la novela revertiana. Este autor examina el papel que desempeña la ciudad anciana yuxtapuesta con una trama moderna detectivesca que trata de piratas informáticos. Asimismo, Galán considera cómo Sevilla casi se convierte en un personaje en sí, y la influencia que lleva esa ciudad en particular en el desarrollo del argumento.

En su libro *Narrativa posmoderna española*, Ana María Spitzmesser dedica su tercer capítulo a un examen del rol del juego en varias obras de Pérez-Reverte. Ella no sólo explora los juegos o torneos verdaderos que suelen emerger en las novelas revertianas, como el ajedrez en *La tabla de Flandes* o el esgrima en *El maestro de esgrima*, sino también medita sobre la manera en que el autor juega con algunos aspectos literarios de sus textos, como la mezcla de los espacios temporales en *La piel del tambor* (Spitzmesser 85).

En su artículo “El héroe y sus atributos en la narrativa de [sic] Pérez-Reverte” Rafael de Cózar adopta un tema un poco más amplio, al orientarse a un estudio del héroe revertiano y de los trabajos periodísticos del autor. En este artículo, Cózar analiza la índole diversa de los personajes de varias novelas del autor. Igualmente, en su estudio “Centro y márgenes: Las novelas con trama técnica de Arturo Pérez-Reverte” Jorge Joaquín Muñoz Ogáyar se dirige a una investigación de las novelas revertianas, en las cuales una trama técnica sirve como base de otra

más desarrollada. Esa tesis doctoral considera el rol de la tecnología en los argumentos de cuatro novelas de Pérez-Reverte: *La piel del tambor*, *La tabla de Flandes*, *El club Dumas* y *El maestro de esgrima*. Asimismo, Muñoz Ogáyar profundiza el tema de las “subversiones de género” que perdura en muchos textos revertianos, y examina la correlación entre las novelas y sus “adaptaciones cinematográficas”.

En su ponencia publicada “*La piel del tambor: testimonio al modo posmoderno*” Pablo Gil Casado caracteriza la novela detectivesca como una obra que combina las “características de la narración humanizada y de la deshumanizada”, afirmando que el resultado es una ficción distintamente posmoderna (61). Este autor explora la manera en que Pérez-Reverte aprovecha del género detectivesco para crear una obra que es escapista, o sirve para entretener a los lectores, y humanizada o crítica a la vez. Asimismo, su estudio es único porque es una de las primeras investigaciones que intenta ahondarse en la crítica religiosa que brinda Pérez-Reverte en esa novela, para explicar las relaciones precarias que persisten dentro de la jerarquía vaticana.

En “*La tabla de Flandes y La piel del tambor de Arturo Pérez-Reverte: Hacia una nueva poética de la novela criminal*”, Agustín Martínez-Samos intenta probar que *La piel del tambor* “diluye los límites establecidos entre los dos subgéneros de la novela criminal, la ‘novela enigma’ y la ‘novela negra’ ” (10). De nuevo Martínez-Samos señala la capacidad de Pérez-Reverte de combinar elementos convencionales que tradicionalmente pertenecen a géneros distintos, para crear su propio estilo narrativo único. Además, su artículo abarca de un examen intrigante de los métodos de intertextualidad que emplea el autor. Por ejemplo, analiza las concomitancias de ciertos personajes o elementos de las dos novelas examinadas y asimismo en otras novelas revertianas.

Anne L. Walsh dedica un capítulo de su libro *Arturo Pérez-Reverte: Narrative Tricks and Narrative Strategies* a un estudio de las técnicas narrativas que nuestro autor emplea en *La piel del tambor*. Ella destaca que tanto las tres novelas que la preceden – *La tabla de Flandes*, *El club Dumas* y *El maestro de esgrima* – como *La piel del tambor* misma, aprovechan de la idéntica fórmula narrativa, y que el autor mismo tiene que emplear nuevas tácticas narrativas para entretener y mantener el interés de un público que ya ha leído varias de sus obras. Walsh indica que Pérez-Reverte adopta varios elementos que podrían mantener la atención del lector, como un énfasis en la intriga vaticana, un desarrollo profundo del rol femenino, una iglesia que “mata para defenderse” y los vínculos entre el pasado y la actualidad (100). La investigadora sigue su análisis con un examen detallado de dichos elementos y cómo ellos funcionan dentro de la narrativa del texto.

Muchos letrados cuyos trabajos versan sobre *La piel del tambor* no parecen apreciar el valor intelectual de la novela, porque sólo la perciben como un texto popular. Sin embargo, Pablo Restrepo, en un estudio publicado recientemente, analiza las “Mediadoras y pérdida de la memoria histórica en *La piel del tambor*, de Arturo Pérez-Reverte”. A pesar de que Restrepo referencia relativamente pocas obras investigadoras en su propio trabajo, brinda un examen fascinante y pertinente de los tres personajes femeninos principales, cuyas propias relaciones con la historia o la memoria le ayudan a definir su carácter personal. Él afirma que “aunque sí hay una crítica del presente, y las novelas de Pérez-Reverte sí rezuman nostalgia por otras épocas, *La piel del tambor* se acerca al pasado de manera crítica, como lo demuestran las modificaciones de la tradición que realizan las mediaciones de la hermana Marsala, Cruz Bruner y Macarena Bruner” (Restrepo 186).

A pesar de que el presente trabajo investigará más que el argumento superficial de la novela, no hay duda que *La piel del tambor* sí asume un formato popular, en que un detective busca la resolución de un enigma o una paradoja. En su libro *Postmodern Literature*, Ian Gregson introduce un capítulo que se trata de los géneros diferentes de los cuales los autores posmodernos suelen aprovechar. Este capítulo abarca de una sección dedicada al análisis de la novela detectivesca, uno de los sub-géneros novelísticos más populares en la actualidad: “The detective story is akin to the thriller, and this popular genre has been drawn upon repeatedly by contemporary literary novelists in order to endow their material with a dynamic structure” (Gregson 75).

No obstante, hay los que niegan que la novela detectivesca sea representativa de la sensibilidad posmoderna. Brian McHale, por ejemplo, afirma que este género en particular se acerca más a una sensibilidad “pre-posmoderna”, porque se involucra demasiado en la búsqueda de hechos que en un escepticismo profundo de la verdad (59). Sin embargo, Pérez-Reverte adapta este género de tal manera que en realidad, sí satisface las sensibilidades del posmodernismo. El autor explota a su protagonista, el detective/cura Quart, cuyo puesto curial requiere que acepte ciertas verdades fijas, mientras que su posición dentro de la jerarquía vaticana permite que cuestione e indague en unos asuntos cotidianos. Por ende, Pérez-Reverte yuxtapone las dos responsabilidades de Quart para aumentar su capacidad como un cura “tradicional” y “progresista” a la vez.

Ese formato popular también se define por un lenguaje sencillo, fácilmente comprendido por cualquier tipo de lector. Sin embargo, la novela también ahonda en un plano más profundo que sólo unos lectores cualificados pueden apreciar. Esos dos niveles sirven para aumentar la calidad literaria y artística del texto. De hecho, según Gregson, en la mayoría de las novelas en

que se mezclan un argumento detectivesco con la sensibilidad posmoderna, la trama enigmática y central se deja a un lado para que las otras intenciones u objetivos del autor se acerquen más a la superficie del texto (71). En resumen, el misterio o los asesinatos son tan intrascendentes como las otras actividades mundanas cometidas por los personajes. De esta manera, el lector puede fijarse en el nivel más profundo del texto que en el enigma que el detective trata de resolver. Aún el mismo Pérez-Reverte ha expresado que siempre hay dos planos funcionando simultáneamente en todas sus novelas: “The person who sees in my novels simple detective stories is making a mistake, as is the reader who sees them [solely] as historical novels” (Oxford 263).

Aparte de la historia del protagonista, también existe una crítica fuerte de la Iglesia Católica, no sólo en España sino también como una institución internacional, en la cual la jerarquía se prueba tan inestable como cualquier otra estructura creada y dirigida por seres humanos. Por lo tanto, *La piel del tambor* refleja el posmodernismo por su falta de confianza en las instituciones sostenidas por los sectores más conservadores de la modernidad.

La mayoría de los personajes principales de la obra experimentan alguna crisis de fe, y aún los personajes que pertenecen a la Curia cuestionan la sinceridad de su confianza en un ente superior, probando que los clérigos son seres humanos que tienen debilidades e incertidumbre. Para cumplir con los valores posmodernos, Pérez-Reverte esboza todos los perfiles del clero y expone la irracionalidad de la jerarquía católica. Rebaja la Iglesia y sus funcionarios al nivel de la gente ordinaria para confirmar que representan y apoyan estructuras tan falibles como cualquier otra organización dirigida por seres humanos y, por lo tanto, defectuosas por su naturaleza. Desmiente la noción que la Iglesia no comete errores, y así introduce una forma de anticlericalismo para cautivar el interés de un público posmoderno.

1.3 EL ANTICLERICALISMO

Desde la Edad Media, hemos visto ejemplos de literatura anticlerical en España. Los intelectuales de los siglos XIX y XX desarrollaban el anticlericalismo como un método que ellos podían explotar para oponer y desacreditar al clero y su poder sobre la política del país (Devlin 19). España tenía una larga tradición de respaldar el catolicismo como la religión nacional, y por eso, el conjunto de la crítica estaba dirigida a los líderes de esa fe. En su libro *Spanish Anticlericalism*, John Devlin examina los distintos sentimientos anticlericales que han surgido a lo largo de la historia de España. Desde el comienzo de su estudio Devlin afirma que la mayoría de la literatura que intentaba criticar a la Iglesia o a los eclesiásticos, lo hacía para cuestionar el poder que ejercía la institución dentro de la política secular del país (19). Así que el anticlericalismo no implicaba una enemistad ni de los clérigos ni de la religión en general, sino una oposición fuerte hacia la mezcla de los asuntos religiosos y políticos. Aunque existían varias obras que sostenían un odio verdadero de la Iglesia, era posible que una persona que apoyaba el anticlericalismo también pudiera ser un católico piadoso, porque un católico devoto podía criticar las personalidades y la política de la Iglesia a la vez (Devlin 19).

Una de las primeras obras que reflejaba esas sensibilidades anticlericales era el texto maestro humanístico del Arcipreste de Hita, *El libro de buen amor*. En su obra, el Arcipreste denunciaba directamente la inmoralidad eclesiástica que él presenciaba como una tendencia general entre los sacerdotes. Es notable que un arcipreste hubiera compuesto una obra que reprendía la Iglesia por sus acciones, y además, es sorprendente que él aún incluyera a sí mismo en su ataque jovial (Devlin 15). A pesar de que él amonestaba a la clerecía por sus debilidades, especialmente a los párrocos que no mantenían sus votos célibatos, reconocía que el pecado era un fenómeno del ser humano y que los clérigos eran tan falibles como sus feligreses (Devlin 17).

Más adelante, se publicó un texto anónimo bajo el título de *La vida de Lazarillo de Tormes*. Este libro llegó a ser una de las obras más populares y estudiadas de toda la literatura española. Aunque el nombre del autor permanecía desconocido, su texto demostraba sus intenciones anticlericales de una manera astuta. El escritor censuraba la hipocresía de la Iglesia por su tratamiento de los feligreses y por el comportamiento de los eclesiásticos. Se evidenciaba esta crítica mediante los amos del protagonista Lazarillo, los cuales abarcaban de varias personalidades que se asociaban con la Iglesia Católica.

Al principio de su trayecto, el joven Lazarillo trabajaba en una capilla pequeña presidida por un clérigo que acaparaba toda la comida dentro de una arca cerrada con llave, mientras que su pobre sirviente casi se moría de hambre. Por ende, el autor empleaba a este amo particular para exhibir la hipocresía de un clero que pretendía ayudar a los desafortunados, mientras su funcionario le privaba a su propio ayudante de comida (*Lazarillo de Tormes* 113-116). Otros amos eclesiásticos de Lazarillo también provocan nuestras sensaciones de disgusto en cuanto a los clérigos. Por ejemplo, su cuarto dueño, un fraile, despoja el convento adjuntado a la iglesia donde presidía de unas monjas para disfrutar de relaciones sexuales con ellas. Su quinto amo, un buldero, vendía la salvación a sus feligreses por un precio muy alto. De todo lo que antecede, se deduce que el autor de *Lazarillo de Tormes* puso en evidencia la hipocresía de la jerarquía eclesiástica y la Iglesia Católica por haber tolerado las prácticas deshonestas de sus propios funcionarios (*Lazarillo de Tormes* 156-157).

El comienzo de la Inquisición en el siglo XV, inquietó a casi todos los intelectuales, no sólo de España, sino por toda Europa. Los Reyes Católicos iniciaron aquella maniobra para ejercer su poder sobre la gente del país. Querían unificar el territorio bajo una religión, y explotaron la Inquisición como arma contra los judíos y los moriscos. De hecho, muchos libros

fueron quemados bajo el pretexto de ser subversivos y muchos intelectuales fueron encarcelados, torturados, asesinados y quemados a manos de los indagadores como resultado de acusaciones de herejía por parte del gobierno. (Devlin 20-21). La Inquisición persistía por casi cuatrocientos años y España sostenía mucha angustia y desolación a causa de ese control sofocante.

A lo largo de los siglos XV, XVI y XVII, la Iglesia Católica representaba un instrumento, empleado por el gobierno, que reforzaba un sentido de unidad política y nacional. Por lo tanto, los intelectuales de aquellas épocas juzgaban esa institución – independientemente de la Inquisición española – como un obstáculo al progreso. Los principios de la temprana modernidad servían para guardar y preservar los valores tradicionales y el *status quo*, y así también obstaculizaban los avances científicos, artísticos e intelectuales; este tipo de progreso contradecía la idea de conservar las costumbres tradicionales, y las de la Iglesia en particular.

Con la iniciación de la Ilustración en el siglo XVIII, había un gran cambio por toda Europa en cuanto a la cultura, el pensamiento y la religión. Más que nada, los ilustrados valoraban el uso de la razón en todos los asuntos porque se basaba en la lógica. También, ellos subrayaban la habilidad del individuo de divorciarse de sus pasiones para aprovechar del razonamiento puro. Ellos estimaban ambos el bienestar de cada individuo y el progreso de la humanidad a cualquier precio, y así acentuaban la importancia de la ciencia en vez de la teología tradicional. Los ilustrados eran religiosos, pero su fe en las tradiciones y en los principios de la Iglesia española se disminuía (Devlin 35). Atacaron los dogmas rígidos de esa organización religiosa, y reevaluaron la posición de ella con relación al gobierno del país. Así la Iglesia se convirtió en un establecimiento al servicio del estado, en vez de ejercer su poder sobre la administración secular.

El fray Benito Jerónimo Feijóo era uno de los autores más proliferos y conocidos durante la Ilustración. Feijóo era un monje de la orden benedictina quien practicaba su religión en una manera muy ortodoxa y quien había estudiado mucho la filosofía y el pensamiento francés. Además de ser un fraile muy devoto, compuso varias obras que versaban sobre temas muy progresistas, como “los derechos de la mujer y la ridiculez de los vestigios falsos” (Devlin 35). Algunos de sus contemporáneos, aún le habían criticado a ese cura por su cinismo y sus ideas liberales, pero él seguía con la publicación de obras crítico-sociales.

Cuando Napoleón Bonaparte agarró el poder del país al comienzo del siglo XIX, los españoles presenciaron la extinción oficial de la Inquisición (Callahan 52). La lealtad tradicional a la espiritualidad y la ética de la Iglesia empezó a disminuir, y se veía esa tendencia en la literatura de la época. Los años después de 1850 marcaron la subida de la revolución industrial, la burguesía, y la importancia de las invenciones científicas. Los intelectuales abandonaron la subjetividad y los excesos del romanticismo, a favor de detallar las vidas de la clase media, y por primera vez, la lectura se convirtió en una forma de entretenimiento. Los autores sentían la necesidad de representar la importancia de la lucha entre las clases y las vidas cotidianas de la clase media, y de allí surgió el realismo español (Miller 27-28). Según las conclusiones de Francisco Caudet: “Recrear estructuras socio-históricas, trazar el precario destino del individuo en unos medios degradados y, dicho en una palabra, desvelar en profundidad la realidad, ha sido la tarea que define a la novela decimonónica” (11).

El naturalismo surgió como una estética literaria “que toma como materia de arte la verdad objetiva de la vida basándose en la observación” (Molina Martínez 282). Como el realismo, el naturalismo se regía por una recreación de la realidad cotidiana, pero en vez de presentar una realidad excesivamente detallada, los naturalistas elegían crear un realismo

selectivo. Su literatura busca la objetividad científica y se define por una selección de detalles. Asimismo, los naturalistas respaldaban la idea que el destino de cada individuo era determinado por tres factores que nadie podía superar. Ellos creían que cada ser humano era víctima de su herencia biológica, su medio ambiente y sus instintos primarios; por lo tanto el individuo no tenía el poder sobre su propio destino (Oleza 18). A los naturalistas les interesaba lo que se podía probar en el mundo tangible, y por eso el clero se veía como ente superfluo en la sociedad porque respaldaba el poder de un ente cuya existencia no se podía evidenciar en el mundo actual (Molina Martínez 284).

Bajo el pseudónimo *Clarín*, Leopoldo Alas brotó como uno de los naturalistas más destacados del siglo XIX. Su obra maestra, *La Regenta* (1885), exponía la degeneración moral y física de la sociedad de Vetusta, un pueblo ficticio que se refiere a Oviedo, la capital de provincia de Asturias, donde vivía la protagonista, Ana Ozores. Don Fermín, el confesor de Ana, se enamoraba profundamente de ella. El párroco explotaba esa situación para gozar de la reputación social de Ana, para que pudiera asegurar el favor de sus familiares eclesiásticos y asimismo un puesto mejor. En su texto, *Clarín* demostraba la índole egoísta y esencialmente humana de la clerecía. Reflejaba las rivalidades humanas que procedían en la vida eclesiástica y que los curas eran tan débiles como los laicos. Asimismo, indicó que la Iglesia es una organización corrupta que tenía muchos defectos como cualquier otro establecimiento cultural.

A lo largo del siglo XX, la gente española experimentaba una verdadera crisis de fe. En 1936, tuvo lugar la Guerra Civil de España, y en 1939 Francisco Franco asumió el poder del país como generalísimo nacionalista (Esenwein 236, 255). Franco impuso el catolicismo como religión nacional del país, y a cambio, la Iglesia apoyaba al régimen franquista. La falange

cometía muchas atrocidades y transgresiones contra la humanidad; entonces los españoles iban perdiendo su fe en la Iglesia por tolerar esas brutalidades.

Durante su dictadura, Franco también exigía una censura rigurosa para prohibir las publicaciones que se consideraban “indecentes”. Por consiguiente, muchos artistas y autores tuvieron que exiliarse del país para poder expresarse o para crear obras que manifestaban la barbarie del régimen franquista. Ramón J. Sender fue uno de ellos quien decidió vivir exiliado en México. Desde aquél país, él publicó una de las obras más significativas de la época, *Réquiem por un campesino español* (1960). Sender era republicano y se oponía a la política de Franco, y como la mayoría de los liberales que se contraponían a la falange, también mantenía sentimientos anticlericales (Devlin 170-171). Sender presenció la violencia y la crueldad con la cual se ejecutaba la Guerra Civil, y no podía entender cómo justificaba la Iglesia su apoyo de esas transgresiones. Demostró su crítica anticlerical mediante el personaje principal de *Réquiem*, Mosén Millán, el cura de una iglesia pequeña en un pueblo rural de Aragón. El cura simboliza el puesto de la Curia y la tradición religiosa durante los años anteriores a la Guerra Civil, mientras el protagonista, Paco, reflejaba las características de los campesinos y de la humanidad en general. Mosén Millán participaba en casi todas las etapas significativas de la vida de Paco, desde su bautizo hasta su boda, y por eso, ellos mantenían una relación fuerte y dilatada. Sin embargo, al fin de la novela, el cura traicionó a Paco, y últimamente era responsable por el asesinato del joven revolucionario (Devlin 180). Como párroco, Mosén Millán tenía la obligación de proteger y de ser leal a sus feligreses, pero Sender mostraba que ése era un cobarde que servía como otra arma de la falange y la oligarquía que la apoyaba.

Al acabar la dictadura en 1975, España finalmente pudo instalar un gobierno democrático. Hasta cierto punto, durante aquellos años, los españoles mantenían un sentido de

alegría, pero también realizaron una gran merma de fe en las instituciones establecidas durante la modernidad, una incertidumbre que se trasladaba aún a la literatura actual (Cardwell 125). El anticlericalismo que encontramos en las obras literarias contemporáneas, como *La piel del tambor*, encaja casi perfectamente con el gran desengaño hacia la autoridad que caracteriza la sensibilidad posmoderna. En esta era, la fe en las instituciones que respaldan la existencia de un ente superior se disminuye para ser sustituido por una indiferencia profunda (Taylor 86).

España, como el resto de los países desarrollados del mundo, siente la necesidad de sospechar de cualquier organización que pretende poseer la solución a cualquier problema y que haría cualquier cosa para mantener el poder de solicitar tales remedios. Por ende, en la actualidad, la gente española suele considerar la Iglesia como una empresa grande y los eclesiásticos, sus funcionarios.

CAPÍTULO 2

ANÁLISIS CRÍTICO

Después del fallecimiento de Franco en 1975, se hace más patente la época posmoderna española, en la cual se nota una creciente desconfianza en las instituciones establecidas durante la era moderna, incluso la Iglesia Católica. Arturo Pérez-Reverte refleja la sensibilidad posmoderna en casi todas sus novelas, pero la capta de una manera distinta en *La piel del tambor*. Esa novela crea una visión cínica de la Iglesia Católica universal. Demuestra las rivalidades humanas que existen entre los clérigos y representa a la Iglesia como una empresa multinacional que tiene un lado muy oscuro.

La piel del tambor refleja las tendencias y las sensibilidades posmodernas tras su falta de confianza en las instituciones que apoyan unas tradiciones modernas y rígidas. Pérez-Reverte expone todos los perfiles del clero y de la jerarquía católica, para luego rebajarlos al nivel común u ordinario, con el fin de mostrar que representan y sostienen estructuras como cualquier otro establecimiento creado y dirigido por seres humanos en el cual hay una multitud de defectos. Su novela sigue una larga tradición de anticlericalismo en la novela española, pero el que brinda es muy distinto porque cuestiona y desprecia los principios del Vaticano, que casi nunca habían sido disputados antes.

Al comenzar la novela, un pirata informático infiltra clandestinamente el ordenador personal del Papa, mandándole un mensaje extraño que revela la situación curiosa y precaria de una iglesia barroca de Sevilla, Nuestra Señora de las Lágrimas, que será demolida pronto.

Monseñor Paolo Spada, el director del Instituto de las Obras Exteriores, solicita la ayuda de Lorenzo Quart, un investigador papal, en la indagación del asunto crítico. Spada y su colega, Jerzy Iwaszkiewicz, le mandan a Quart a Sevilla para investigar la situación curiosa de la iglesia. Cuando el detective llega a la ciudad se enfrenta con una multitud de individuos distintos que ni quieren ayudarlo, ni quieren participar en su investigación. Gris Marsala, una monja/arquitecta norteamericana, vino a la iglesia hace unos años, para trabajar en su reconstrucción. Ella tuvo que huir de su país natal a causa de sus sentimientos románticos por el obispo de su diócesis. Don Príamo Ferro y Óscar Lobato, los curas que sirven a la iglesia, son los que quieren proteger la iglesia con más fervor. Cruz Bruner, la duquesa del Nuevo Extremo, y su hija Macarena, pertenecen a una de las familias más prestigiosas de la vieja aristocracia sevillana. Todos los personajes son sospechosos en el escándalo de dos muertes que rodea la pequeña iglesia, y así Quart se halla en una red de decepción que tiene que desenmarañar antes de la destrucción inminente de la iglesia y las vidas de sus compatriotas.

A lo largo de su investigación, el cura/detective logra un entendimiento profundo del significado que lleva ambos Nuestra Señora de las Lágrimas y el padre Ferro en las vidas de la pequeña parroquia. Aunque al comienzo de su indagación Quart tiene que superar muchos obstáculos a causa de la oposición del arzobispo de Sevilla (o sea la jerarquía católica) y el grupo de defensores, adquiere un respeto por el padre Ferro y sus seguidores.

Además de su encuesta, Quart se encara con una crisis de identidad a lo largo de la cual cuestiona su papel como cura y su fe en el sistema jerárquico del Vaticano. Durante el tiempo que se queda en Sevilla, se encuentra pasando mucho tiempo con Macarena Bruner, quien quiere proteger Nuestra Señora de las Lágrimas a causa de los vínculos históricos que el edificio mantiene con una de sus parientes, cuyas perlas raras adornan la estatua de la Virgen que da

nombre a la iglesia. Eventualmente, los dos se enamoran, y el cura se siente alterado a causa del conflicto entre sus sentimientos románticos y sexuales por un lado, y sus votos como cura por el otro. Después del encarcelamiento de Ferro por haber hecho una confesión falsa que lo implica en el asesinato de un periodista, Macarena le revela a Quart la identidad verdadera de *Vísperas*: su madre Cruz Bruner.

Quart regresa al Vaticano, y les da a sus superiores el informe sobre la investigación, pero guarda el secreto de la identidad de la hacker septuagenaria. Debido a esa falta de información, el Vaticano le remite a Quart a un lugar remoto de Latinoamérica donde él no amenazaría ni la posición ni el poder de la Iglesia con su conocimiento profundo de los asuntos indecorosos de esa organización religiosa. Al final de la novela, Quart descubre la identidad de la asesina verdadera, Gris Marsala, y que ella había matado a tres personas para preservar Nuestra Señora de las Lágrimas. Sin embargo, ni siquiera esta información valiosa liberaría a Quart de su sentencia inminente.

2.1 NUESTRA SEÑORA DE LAS LÁGRIMAS: UNA IGLESIA MODERNA

En el centro de la trama de *La piel del tambor* tenemos la iglesia pequeña y ruinososa, Nuestra Señora de las Lágrimas. Este edificio deteriorado casi se convierte en un personaje en sí. De hecho, *Vísperas* proclama que la iglesia mata para vengarse y defenderse (Pérez-Reverte 26). Gracias a su posición esencial en el asunto de la novela, Nuestra Señora de las Lágrimas también lleva un significado figurativo. Vemos en el edificio y su parroquia diminuida las reliquias de la modernidad. Como ya hemos mencionado, el fallecimiento de los sistemas de la modernidad se hacía más evidente en España en los 60. Después de la muerte de Franco en 1975, la gente española esperaba “la recuperación de la democracia” y la restauración de unas

libertades ya olvidadas, las cuales permitirían un orgullo en el país y en ser español (Spitzmesser 1). Desgraciadamente, la sociedad española experimentaba una gran desilusión al ver la destrucción y la defraudación de esos nuevos sistemas políticos, y por lo tanto, se acercó más a un escepticismo y un pesimismo hacia todas las instituciones y principios que respaldaban el estatus quo (Eagleton 51).

De hecho, la Iglesia Católica recibía mucha crítica a causa de su relación tan estrecha con la dictadura y la imposición del catolicismo nacional. La asistencia a misa y la conformidad con las prácticas de los rituales habían sido requisitos del catolicismo franquista; ese tipo de práctica rígida nos recuerda de la religión de la Contrarreforma, la cual se enfocaba en la celebración pública o exterior de la religiosidad (Behar 86). En el caso de Nuestra Señora de las Lágrimas, los feligreses y los curas resisten la liberalización de la Iglesia, o sea la Iglesia que se encuentra después del Vaticano II. Por consiguiente, esa iglesia representa un microcosmos de la modernidad en total, porque la posmodernidad entiende que hay que aceptar el hecho de que la época moderna se extingue y que hay que cambiar para promover más libertad (Eagleton 58; Behar 80, 103).

Cuando Lorenzo Quart se halla dentro de las paredes de la iglesia arruinada, describe su aspecto físico como si fuera una de las reliquias espléndidas que ya había caído en desuso y estaba descomponiéndose:

Levantó Quart la cabeza [...] Una cúpula elíptica, rematada en linterna ciega, había estado adornada con pinturas al fresco ahora irreconocibles por los estragos del humo de las velas y los incendios. Podían distinguirse unos cuantos ángeles en torno a una gran mancha negra de hollín [...] y varios profetas barbudos y maltrechos, descarnados por ronchas de humedad que les daban aspecto de leprosos incurables. (Pérez-Reverte 63)

Más adelante, Gris Marsala le profiere a Quart la historia prestigiosa del edificio: “¿Sabe que es la última iglesia construida en España bajo los Austrias?...Las obras del edificio concluyeron oficialmente [...] [en] 1700, mientras Carlos II [...] agonizaba sin descendencia. El oficio religioso inaugural fue de difuntos, al día siguiente, por el alma del rey” (Pérez-Reverte 65). Quart y Gris nos recuerdan del esplendor que fue no sólo esta iglesia barroca, sino la Iglesia Católica universal. Por casi toda la historia española, la Iglesia Católica representa una de las organizaciones más poderosas e influyentes que ahora, como el resto de los vestigios de la modernidad, queda menospreciada.

Cruz Bruner también habla de la grandiosidad de la Iglesia del pasado. Ella expresa que durante su juventud, toda la sociedad española creía en los curas y en la Santa Madre Iglesia, y sabía que ellos, juntos, guardaban las respuestas y las soluciones para cualquier problema o misterio (Pérez-Reverte 390). Ella lamenta el hecho de que en el mundo actual sólo se crea en el pesimismo y el cuestionamiento de los establecimientos y sus autoridades. Según Ruth Behar, ese tipo de escepticismo hacia la clerecía, representa la forma de anticlericalismo que sostiene el mundo posmoderno. Ella indica que, según el entendimiento de la sociedad española de hoy, los párrocos no son hombres santificados, sino funcionarios de la gran empresa apoyado por el Vaticano. La gente contemporánea entiende que Dios es Él que tiene el poder y que los curas ya no sirven como emisarios del Señor. Behar aún incorpora una entrevista en su estudio del anticlericalismo contemporáneo, en la cual una anciana leonesa proclama que nadie reza para recibir la ayuda de un cura, sino que dice oraciones a Dios mismo porque sólo Él tiene el poder para cambiar la vida terrenal (Behar 90). Por lo contrario, Cruz, como mujer de la era moderna, sigue creyendo en Dios. Ella no quiere renunciar sus convicciones a favor de un mundo vacío y cínico, sin la esperanza de la presencia de Dios en tierra firme. Cruz cree que los curas

tradicionales todavía son importantes, especialmente en un mundo sardónico que se va desmoronando poco a poco. Así ella representa la voz de la modernidad, cuyas creencias en la Iglesia y en el padre Ferro son los entes que sostienen su esperanza en el mundo en que vive y en que algo mejor la espere.

Casi todos los personajes que se han involucrado en la lucha por la salvación de Nuestra Señora de las Lágrimas, están resistiendo la pérdida de las tradiciones y los sistemas modernos, los cuales se reflejan en el edificio pequeño. De hecho, hay varios momentos en la novela cuando Ferro, Marsala o las Bruner afirman la convicción de que cada vez que se cae un trozo del edificio o que se destruye otra iglesia, nos empobrece o se extingue un poco más el cielo. Todos se creen justificados en luchar por restaurar la iglesia a su esplendor del pasado, pero el padre Ferro no sostiene la idea de perder la batalla porque, como cura rural, había empezado a perderlas casi todas. Sus seguidores lo entienden, y así luchan con él, pero Quart, como representante de los valores posmodernos, no puede comprender esa lucha, y así Macarena tiene que explicársela: “Cada iglesia que se cierra o se pierde es un trozo de cielo que desaparece. Y como nadie le hace caso, en vez de rendirse, lucha. Suele decir que ya perdió demasiadas batallas allá arriba, en las montañas” (Pérez-Reverte 223). Como Cruz, el padre Ferro está tratando, desesperadamente, de no perder los vestigios de lo que él cree que es la Iglesia tradicional.

Como ya hemos mencionado, uno de los fundamentos de la sensibilidad posmoderna es una falta de fe en las autoridades de los establecimientos, así que la sociedad contemporánea respalda una crítica fuerte hacia la Iglesia, y hacia la religión en general, porque declara que ella refleja las últimas representaciones de las grandes narrativas de la modernidad (Sim, *Companion*

340; Sim, *Empires* 11). Por lo tanto, Ferro sabe que si pierde su iglesia, se lo pierde todo, y los últimos trocitos de fe que mantiene Ferro y el resto de España, van a desaparecerse también.

En su estudio sobre el anticlericalismo de la España posfranquista, Behar señala las fuertes conexiones que mantienen algunos individuos con sus reliquias y edificios religiosos. Según ella, esta gente no quiere perder ni la tradición ni los valores que se asocian con esos objetos sagrados; así rehúsa los cambios que resultan cuando una sociedad se adelanta hacia el futuro. Aún incluye una historia en la cual el cura de un pueblo rural quema una de las estatuas de la Virgen en el cementerio de la iglesia, porque cree que es fea. Uno de sus feligreses, el presidente del pueblo, advirtiendo las llamas en el cementerio, viene para apagar el fuego y se detiene al encontrar al cura delante de la pira. El presidente se vuelve espantado y enojado al ver lo que él considere un sacrilegio (Behar 76). Esta historia nos recuerda de los feligreses de don Príamo Ferro que tampoco quieren abandonar su propia reliquia, Nuestra Señora de las Lágrimas. Ellos creen que aunque el edificio se desmantela y casi cae en ruina, sigue existiendo y representando la gloria de Dios. Ellos se desesperan porque a la Madre Iglesia no le importa una iglesia pequeña; sólo le interesa averiguar la identidad de un hacker. Aún el director del IOE admite que a nadie le preocupe la posición de la iglesia sevillana, ni siquiera el arzobispo de la diócesis: “En su caso, naturalmente, se trata de los intereses terrenales de la Santa Madre Iglesia... A todo esto, Nuestra Señora de las Lágrimas se cae en pedazos y nadie interesa arreglarla. Parece más valiosa destruida que en pie” (Pérez-Reverte 35).

Mientras progresamos hacia el futuro, se nos olvida de lo que significaba la religión en nuestras vidas y en las de casi todas las sociedades posmodernas. Como nos recuerdan varios de los personajes de la novela, la fe en Dios era una manera de consolarse frente a un mundo en que se prevalecían unos misterios sin respuesta y un cinismo formidable. Los curas servían como

guías que padecían las mismas dificultades que sus feligreses, pero según asegura Ferro por ejemplo, la Iglesia ha cambiado tanto que ahora la clerecía parece más un grupo de funcionarios de una empresa multinacional. Nos damos cuenta de los sentimientos desesperados de Ferro, mientras Quart echa un vistazo a los libros del cura viejo. Allí, el detective encuentra una copia anciana de *El abogado del Diablo* donde se fija en un pasaje subrayado:

...Hemos estado alejados mucho tiempo de nuestro deber de pastores. Hemos perdido el contacto con las personas que nos mantienen en contacto con Dios. Hemos reducido la fe a un concepto intelectual, a un árido asentimiento de la voluntad, porque no la hemos visto actuar en las vidas de la gente común. Hemos perdido la compasión y el temor reverente. Trabajamos conforme a cánones, no de acuerdo con la caridad. (itálicos del autor) (Pérez-Reverte 174)

Ahora abrazamos nuestro pesimismo porque hemos perdido la fe en las autoridades y las instituciones que fingen protegernos, mientras que han fracasado repetidas veces (Sim, *Empires* 8; Spitzmesser 1). Asimismo, la clerecía se rebaja al nivel de la gente común porque nadie los percibe como guías o emisarios de Dios en la tierra. La sociedad contemporánea los reconoce como típicos seres humanos, que no tiene nada en especial, menos la educación (Behar 78).

Oscar Lobato, el cura más joven que aparece en la novela, también habla de la desintegración de la Iglesia como institución. Reconoce que los que quieren proteger su propia iglesia, también tienen que defenderse del Vaticano mismo. Ellos luchan contra una organización que, después de tantas guerras y sangre, empleadas para justificarse y para mantener su poder, ya ha perdido los valores tradicionales que quería preservar. El cura joven aún alude al hecho de que la fe católica perdió tantos feligreses durante los años en que la Iglesia se asociaba con los gobiernos opresivos, y que en la actualidad también va a perder la juventud:

La Santa Madre Iglesia [...] Tan católica, apostólica y romana que ha terminado traicionando su mensaje original. Con la Reforma perdió la mitad de Europa, y en el siglo XVIII excomulgó a la Razón. Cien años más tarde perdió a los trabajadores, que comprendieron que estaba del lado de los amos y los opresores.

En este siglo que termina está perdiendo a la juventud y a las mujeres. ¿Sabe qué va a quedar de todo esto?... Ratonés correteando entre bancos vacíos. (Pérez-Reverte 185).

En particular, ellos han perdido a la gente más liberal de España, hecho que asocia esa organización religiosa con la dictadura sofocante de Franco, y así fomentan unos sentimientos cínicos hacia la Iglesia Católica (Behar 86).

Aún el mensaje críptico de *Vísperas* – y lo que sucede más adelante con ella – nos comunica que la Iglesia ya se ha olvidado de sus principios tradicionales que mandan que proteja a los feligreses y a los que transmiten las palabras sagradas de Dios. La carta de la hacker cae en las manos de una organización que no le importan los problemas de una parroquia pequeña. La septuagenaria, bajo el apodo de *Vísperas*, suplica el sentido común de la jerarquía católica. Ella cree que si nadie de la diócesis sevillana le interesa la situación difícil de Nuestra Señora de las Lágrimas, por lo menos el Papa, el hombre más santificado de la fe católica, puede resolver la crisis a favor del cristianismo verdadero. Lo que ella no entiende es que, como ha dicho el libro del padre Ferro, la Iglesia se ha separado tanto de la gente común y se preocupa solamente en mantener y proteger su propio poder, que esa pequeña parroquia no les parece un asunto valioso.

Aún Quart admite que *Vísperas* se equivoca en mandar sus mensajes a un Vaticano que ya no escucha a nadie: “*Vísperas* se equivocó al mandar sus mensajes. Ni Roma podía entenderlos [...] El mundo y las ideas a las que apelaba el pirata informático habían dejado de existir hacía mucho tiempo” (Pérez-Reverte 350). La Iglesia Católica padece una desintegración que remite las tradiciones al desuso a causa de la falta de fe que mantiene la sociedad posmoderna hacia la autoridad y la religión (Sim, *Companion* 340).

No es una coincidencia que Nuestra Señora de las Lágrimas sea una iglesia barroca, situada en Sevilla, España. Como ya hemos mencionado, España tiene fuertes conexiones

históricas con la religión, y el Catolicismo en particular. El país luchaba por muchos siglos para que permaneciera una fe que toda la gente española observara, especialmente durante la Inquisición y la Contrarreforma (Devlin 20). Durante la época barroca la Iglesia Católica trataba de recuperar a los que habían perdido al Protestantismo mediante un énfasis en la gloria de Dios. La Iglesia solicitó la construcción de unas iglesias preciosas en términos arquitectónicos que reflejaban la majestad de la fe católica. Asimismo, se acentuaban las habilidades de los párrocos como intermediarios de Dios en la tierra. Nadie tenía que pensar ni en su mortalidad ni en su inmortalidad, sino tener confianza que el cura lo protegiera.

Así, no es exiguo que la iglesia de nuestra novela sea barroca, porque nos recuerda de los momentos más magníficos de dicha organización religiosa, cuando ella casi había llegado a su cumbre. Nuestra Señora de las Lágrimas, como una iglesia que se cae en pedazos, señala el fin de las épocas religiosas, en las cuales ser católico era algo en que uno podía ser orgulloso. Esas circunstancias no se le escapan al padre Ferro. Él quiere preservar los últimos vestigios del catolicismo tradicional: “Fíjese en que no es casualidad que se trate de una iglesia barroca: el arte de la Contrarreforma, del no penséis, dejadlo para los teólogos, contemplad las tallas y los dorados, esos altares suntuosos, esas pasiones que [...] son el resorte esencial para fascinar a las masas” (Pérez-Reverte 293). Ferro sabe que ese edificio y los ideales que la respaldaban ahora no satisfacen la búsqueda posmoderna de la verdad o el derecho de pensar por sí mismo. Más adelante el párroco viejo reconoce que hoy en día, la Iglesia depende del uso de la televisión para alcanzar a sus feligreses, porque mantener la fe en algo invisible ya no es suficiente. Las reliquias de la iglesia no bastan para agradar a las masas posmodernas, porque ellas creen más y más en lo tangible o en lo que se puede comprobar (Eagleton 53).

La Iglesia Católica es una organización, como cualquier establecimiento de la modernidad; se sustenta con su poder. Esa institución tiene que despachar cualquier problema que encuentre para poder mantener la autoridad completa. La Iglesia misma aún sabe que no funcionaría sin su poder total, y el director de IOE, Monseñor Spada, lo afirma cuando le despacha a Quart a Sevilla: “Ahora la lucha es a muerte [...] Sin autoridad, la Iglesia no funciona: el truco es mantenerla indiscutida y compacta” (Pérez-Reverte 40). El Papa tiene que preservar su poder casi absoluto a cualquier precio; nadie lo puede cuestionar, y por eso existe una organización como el IOE. La orden eclesiástica se cree justificada en hacer lo que es necesario para callar a los que disputan los principios y las prácticas de la Santa Madre Iglesia. Como ejemplo de este tipo de conducta, tenemos lo que el IOE supuestamente hizo a los curas de la Teología de la Liberación. Estos párrocos rurales simplemente querían ayudarles a sus parroquias de una manera más práctica y menos espiritual. La Iglesia los llamaba rebeldes y reaccionarios, y luego los remitían a lugares remotos o los mataban (Pérez Reverte 42-43).

Aunque esa institución lucha, casi hasta la muerte, para defender su propio poder, este tipo de jerarquía falla precisamente por no reconocer que hoy en día no puede manipular a la gente. La sociedad actual se permite cuestionar a las autoridades, y así prevenir la autoridad totalitaria que prevalecía durante la modernidad. Trata de funcionar como una empresa multinacional, y la mentalidad posmoderna siempre desconfía de las instituciones establecidas y autoritarias.

2.2 LA IGLESIA CATÓLICA COMO UNA EMPRESA MULTINACIONAL

La Iglesia Católica, e igual el Vaticano, es representada como una empresa multinacional, que puede sucumbir, como cualquier otra institución, a las filias y fobias de los seres humanos que la dirigen. La percepción moderna propone que el Vaticano es una institución muy sólida que posee remedios para casi todos los problemas que podrían tener sus feligreses, cuando en realidad es tan corrupta e inconsistente como cualquier empresa grande. Teóricamente, la Iglesia sostiene una ética y unos valores más altos que los del mundo secular, pero Pérez-Reverte refuta esta suposición, demostrando que ella representa una institución que es tan susceptible a las vulnerabilidades e hipocresías humanas que los que componen su propia jerarquía. Aún los cuestionamientos del posmodernismo nos enseñan un escepticismo ardiente hacia las autoridades y las instituciones modernas, especialmente las religiosas. Como ha apuntado Stuart Sim en su estudio de los sistemas religiosos posmodernos: “If something is assumed to be self-evidently true, then it has not been proved to be self-evidently true [...] Without rational proof, arguments are to be considered suspect” (Sim, *Empires* 6). Por lo tanto, la incredulidad posmoderna mira con ojos críticos a esa institución que depende de la fe y no de la lógica.

Pérez-Reverte alcanza la sensibilidad posmoderna mediante una degradación de los miembros de una organización universalmente respetada y confiada. El autor refleja la hipocresía del Vaticano, que proclama que sus eclesiásticos son partidarios de Dios y que son superiores a los laicos, mientras que tienen que emplear detectives para investigar sus propios asuntos. Asimismo, él indica que una organización que no puede arreglar sus propias empresas, no puede ser tan firme como proyecta. Desde el comienzo de la novela, vemos curas y monjes jesuitas trabajando ante unas pantallas para guardar el sistema de ordenadores del Vaticano. Esos eclesiásticos, que llevan sotanas, usan un lenguaje muy tecnológico, toman mucha cafeína y

se quedan despiertos hasta la madrugada atendiendo a los ordenadores. El hecho de que Pérez-Reverte incorpora unas escenas en las cuales presenciamos a unos eclesiásticos tecnólogos, despierta nuestra consciencia a la humanidad básica que lleva aún cada miembro de la Curia. Como cualquier organización grande, la Iglesia tiene unos funcionarios cuyo puesto manda que protejan la autoridad de la institución. Lo interesante reside en el hecho de que no tenemos la expectativa de ver unos monjes participando en un procedimiento parecido a él del CIA o INTERPOL. Pérez-Reverte, desde el principio, destaca las fachadas deshonestas empleadas por un establecimiento que pretende involucrarse solamente en los asuntos religiosos, mientras mantiene un sistema de protección tan fuerte como el de la administración de un país.

La Iglesia no sólo depende de unos sacerdotes tecnólogos que la protegen, sino también ha sancionado la fundación de una organización interior, cuyos miembros sirven como policías de Dios:

El Instituto para las Obras Exteriores figuraba en el grueso tomo rojo del Anuario Pontificio como una dependencia de la Secretaría de Estado [...] [D]urante dos siglos, el Instituto había ejercido como brazo ejecutor del Santo Oficio, y ahora coordinaba todas las actividades secretas de los Servicios de Información del Vaticano. Los miembros de la Curia [...] solían referirse a él como *La Mano Izquierda de Dios*. Otros se limitaban a llamarlo [...] Departamento de Asuntos Sucios. (Pérez-Reverte 20)

El Vaticano autoriza la implementación de actividades secretas y una organización que puede funcionar sin el conocimiento directo del Papa, ni del resto de la jerarquía. El IOE se fundó para involucrarse en y luego resolver los problemas de la jerarquía; aún tiene que preocuparse por los negocios secretos y cometer actos de espionaje. De esta manera, la Iglesia se distingue como un establecimiento gubernamental que pretende proteger los intereses de la fe católica, pero en realidad permite “asuntos sucios” en preservar el estatus quo.

Tradicionalmente, la Iglesia resiste los cambios que trae el tiempo, porque teme que ellos posibiliten la remisión de su poder absoluto (Sim, *Empires* 11). La jerarquía y el IOE no fueron establecidos para preservar la fe católica, sino para mantener y reforzar el poder de la organización en sí. Lorenzo Quart y el padre Ferro, en particular, amenazan el poder de la Iglesia. Los dos desafían el acuerdo entre el arzobispo de Sevilla, o sea la jerarquía vaticana, y el Banco Cartujano; si ellos tienen éxito en salvar a la pequeña iglesia, Corvo no recibirá una recompensa para permitir la demolición de un sitio sagrado. Así, el banco y el Vaticano harían cualquier cosa necesaria por prevenir la pérdida del dinero y del poder, algo que aceptamos de nuestros gobiernos, pero no de las instituciones religiosas. La Santa Madre Iglesia, según los principios de la modernidad, posee los remedios para casi cualquier problema o dificultad, pero Pérez-Reverte la desenmascara como una organización tan corrupta e hipócrita como cualquier empresa grande.

Es preciso advertir que el hecho de que existe un cura como Quart dentro de la jerarquía también desestabiliza la posición superior de la Iglesia. Quart muestra la hipocresía del Vaticano, que pretende ser perfecto, pero que tiene que contratar a un cura como él para protegerse e investigarse. Pérez-Reverte exhibe que la Iglesia no puede arreglar sus propios asuntos, sin el apoyo de un sistema policíaca. Aún el padre Ferro, un sacerdote muy rígido en sus prácticas religiosas, reconoce que el puesto del cura/detective Lorenzo Quart refuerza esta hipocresía: “Es un perfecto policía de una corporación poderosa que dice servir a Dios [...] No hay pobres que lo bendigan por su pan, ni enfermos por su consuelo, ni pecadores por su esperanza de salvación...Usted hace lo que le mandan, y nada más” (Pérez-Reverte 290). Aún un clérigo muy devoto señala que el Vaticano pretende ser algo que realmente no es. Ferro

destaca que la Iglesia ha perdido sus valores tradicionales, y en cambio apoya un sistema corrupto que funciona como un negocio.

El problema de Nuestra Señora de las Lágrimas y *Vísperas* no constituye la primera vez que el Vaticano ha fallado en solucionar sus propios asuntos. Al comienzo de la novela descubrimos que hace unos años, hubo varios intentos de infiltración en las operaciones tecnológicas del Papado:

Otros intentos serios de infiltrar [...] habían sido abortados en su inicio: un joven mormón [...], una sociedad islámica integrista [...], un cura loco, enemigo del celibato, que utilizaba por las noches el ordenador del manicomio. El cura, un francés, los tuvo en jaque durante mes y medio, y lograron neutralizarlo cuando ya había infectado cuarenta y dos ficheros con un virus que bloqueaba las pantallas a base de insultos in latín. (Pérez-Reverte 15)

La Iglesia no sólo tiene dificultades en arreglarse; también tiene que preocuparse por enemigos dentro de la jerarquía. Desde las primeras páginas de la novela, estamos conscientes de que aún los curas cuestionan las reglas y principios de la jerarquía a la cual pertenecen. De nuevo, percibimos la denigración de la clerecía por parte del autor. El hecho de tener que investigarse convierte a la Iglesia en un posible sospechoso de un acto criminal.

El cura, supuestamente loco, ataca directamente al Vaticano y protesta las pautas del celibato; sin embargo, no sabemos si ese sacerdote es loco en realidad, o si la Iglesia sólo lo puso en el manicomio para mantener intacto a su propia autoridad. Como ha explicado Ruth Behar en su estudio, el anticlericalismo posmoderno suele aparecer tras el descrédito de los funcionarios de la organización, y en cuanto a los curas en particular (78). Ella declara que los españoles contemporáneos no distinguen entre los eclesiásticos, porque son hombres y seres humanos como el resto de la sociedad (91). Para cumplir con esta desconfianza hacia los curas, Pérez-

Reverte revela las falibilidades de la jerarquía y cuestiona directamente los métodos de defensa que emplea esa organización.

La existencia de un cura que podía infiltrar en la red protectora del Vaticano, lleva al establecimiento a sospechar a los dos curas que presiden sobre la parroquia de Nuestra Señora de las Lágrimas. Según el contexto religioso del mensaje de *Vísperas*, los oficiales del IOE determinan que podría haber sido escrito por un eclesiástico, y por eso el Papa manda que intervenga la organización “al viejo estilo” (Pérez-Reverte 28). Más adelante, se aclara que “el viejo estilo” recuerda las prácticas de la Inquisición en que muchos fueron quemados o asesinados. Aunque los oficiales, Spada e Iwaszkiewicz, conceden que ya no queman a nadie, admiten que el castigo del hacker, o sea del hacker sospechado, que es Ferro, será considerable: “Monseñor Spada guardó silencio unos segundos, sin apartar los ojos de Quart. Ya no queman a nadie, pero le sueltan los perros negros, decía la mirada. Lo acosan, y lo desprestigian, y lo matan en vida” (Pérez-Reverte 29). Al leer este pasaje, no hay ninguna duda de que la Iglesia sí se involucra en asuntos sucios para autorizarse. La jerarquía está dispuesta a cometer casi cualquier atrocidad para defender su dominio. Ambos Ferro y Lobato son prescindibles porque simplemente representan unos cuantos funcionarios de la empresa religiosa que es la Iglesia Católica.

Según Behar, las creencias anticlericales de la España contemporánea refuerzan la idea de la imperfección humana de la clerecía. La sensibilidad posmoderna sostiene la idea de que los clérigos solamente son funcionarios de la Iglesia, cuyo trabajo es la diseminación de la religión. Behar aún cita un canto republicano que se popularizó durante la Guerra Civil, en el cual se describe la posición de la Iglesia en cuanto a sus asuntos/negocios: “La iglesia es un comercio / el cura un comerciante. / Al toque de la campana / acuden los ignorantes” (Behar 90).

Por consiguiente, encontramos el escepticismo de ese establecimiento antes de la época posmoderna. Quizás la confusión en que vivimos ahora, sirve como recuerdo de la de la Guerra Civil, y por eso necesitamos el mismo tipo de recelo.

Para establecer las semejanzas entre el Vaticano y una corporación multinacional, Pérez-Reverte yuxtapone el funcionamiento del Banco Cartujano con el de la Iglesia. De hecho, existen varias escenas entre los oficiales del banco y los de la jerarquía católica, en las cuales los dos son presentados casi idénticamente. Por ejemplo, Pencho Gavira y don Octavio Machuca, los administradores del Banco Cartujano, se reúnen para discutir el acuerdo que ya han contratado con el arzobispo Monseñor Corvo; ése permitiría que ellos consiguieran la tierra sagrada donde está situada Nuestra Señora de las Lágrimas. Ellos contrataron el uso del sitio a cambio de una recompensa, que recibiría el diócesis de Sevilla, o sea Corvo mismo. Gavira supone que puede comprar la cooperación de casi cualquier persona por un precio, aún un eclesiástico. Según el banquero joven: “La dignidad de Monseñor [Corvo] tiene un precio, como todo. Un precio que yo puedo pagar [...] Que el Cartujano puede pagar” (Pérez-Reverte 358). Gavira aún recibe la bendición del alcalde de la ciudad, quien muestra su desencanto con la fe católica después de un enfrentamiento con el arzobispo Corvo.

A pesar de que tienen mucho apoyo positivo, los banqueros también tienen que hacer frente a unos obstáculos para realizar su meta final. Ambos el padre Ferro y Lorenzo Quart amenazan la estabilidad de la negociación, porque teóricamente ellos podrían salvar a la iglesia. Por ende, Gavira contrata a un grupo de criminales para prevenir los problemas a cualquier precio.

Igualmente, la Iglesia le manda a Quart a Sevilla para investigar la situación de la pequeña iglesia y para descubrir la identidad del hacker. Cuando Quart llega a la ciudad, tiene

que reunirse con Corvo, su enemigo de un año. Como Machucas y Gavira, Corvo y Quart también mantienen una relación adversaria, pero el mayor de los dos enlaces siempre guarda la posición superior. Corvo, como Machucas, parece un aristócrata de la vieja sociedad sevillana: “Aquilino Corvo era un prelado de pura raza, procedente una cuidada selección eclesiástica [...] su titularidad frente de la sede sevillana no era fortuita. Tenía importantes apoyos en la Nunciatura de Madrid, contaba con el respaldo de Opus Dei, y sus relaciones eran óptimas con el Gobierno” (Pérez-Reverte 106). Más que nada, al prelado sólo le importa la manera de beneficiarse del acuerdo con el banco, y no la profanación de una iglesia barroca. Así, a él no le gustaría nada más que se fallara el detective porque eso significaría el logro de su compensación y la destrucción de un adversario viejo: “En realidad, Quart sabía que el arzobispo iba a hacer todo lo posible por sabotear su misión, y monseñor Corvo [...] estaba dispuesto a cambiar un año de Purgatorio [...] si el enviado especial de Roma pisaba una piel de plátano” (Pérez-Reverte 107).

Al progresar la primera conversación que presenciamos entre los dos eclesiásticos, Corvo admite que tiene intereses monetarios en la destrucción de Nuestra Señora de las Lagrimas, y que le molesta la intrusión de Ferro y de Quart en el asunto: “Aunque no tengamos otro derecho sobre ese terreno que el moral, [...] el Cartujano nos cede una generosa compensación. Buena en estos tiempos en que los cepillos de cualquier parroquia crían telarañas [...] Pues ya ve. Todo paralizado por la obstinación de un cura a punto de jubilarse” (Pérez-Reverte 111). Según los principios de ese miembro de la jerarquía, los cuales corresponden a las afirmaciones de Ruth Behar acerca del anticlericalismo contemporáneo, la religión es un negocio y la Iglesia es uno de sus propietarios más grandes (Behar 90-91).

Aunque Corvo, de ninguna manera, quiere ayudarle a Quart en su indagación, tampoco quiere aceptar la culpa de destruir la iglesia que sirve una parroquia pequeña y devota. Él quiere que Quart sea el verdugo y que acepte la culpabilidad de haber perdido la iglesia. Asimismo, Machucas le echa la responsabilidad a Gavira por la destrucción de Nuestra Señora de las Lágrimas. En el pasado, nadie habría pensado en destruir un sitio tan sagrado por una construcción comercial, pero en esta época posmoderna, no hay nada que sea sagrado. Aún Corvo está dispuesto a perder una iglesia exigua si llena su propia cartera: “A fin de cuentas, el Arzobispado iba a recibir una sustanciosa indemnización, amén del compromiso contraído por el Cartujano de construir una iglesia en otro sitio” (Pérez-Reverte 355). Corvo también guarda la misma concepción de la iglesia que los banqueros; Nuestra Señora de las Lágrimas sólo representa una iglesia entre tantas. El prelado más aún desaprecia la parroquia cuando menciona que sólo los que viven cerca del edificio asisten a misa, y que ellos podrían elegir otra iglesia y otro cura. Por lo tanto, parece que ambos los personajes y el autor mismo nos indican que la voluntad de la Iglesia se vende por algún precio. Como Behar, Pérez-Reverte señala que la religión es un comercio cuyos funcionarios son los clérigos (Behar 90).

La jerarquía vaticana ha crecido tanto que se cree justificada en sostener su propia aristocracia eclesiástica. Los eclesiásticos pretenden concernirse solamente por los objetivos religiosos, pero cuando tienen que elegir a los funcionarios, su selección casi siempre se basa en el prestigio eclesiástico del linaje del candidato. A lo largo de la novela, observamos que varios personajes discuten los principios y las prácticas de la aristocracia clerical, y ellos conceden que la procedencia representa uno de los factores más importantes en la elección de un miembro jerárquico. Esa asociación estamental subsiste del estatus élite que mantienen los clérigos; todo se estriba de las privanzas que uno puede ofrecer a otros, pero a nadie se le olvidan los errores.

Nadie quiere forjar relaciones amistosas con alguien que no le pueda ofrecer algún favor, y todo se hace por el avance de una carrera, justamente como anda el funcionamiento de una corporación multinacional. Según Lorenzo Quart: “En nuestro oficio nadie se acerca a nadie que no sea útil para promocionarlo. Desde bien jóvenes elegimos un profesor, un amigo, un obispo que nos ayuden a prosperar” (Pérez-Reverte 185). Se puede constatar que las posiciones de la alta clerecía no se pueden lograr por el conocimiento profundo del clérigo mismo; uno tiene que cultivar un pedigrí distinguido para llegar al estado de la alta clerecía. Hasta Su Ilustrísima, el Papa mismo, tiene que participar en ese sistema social; no sólo se considera su posición social dentro de la jerarquía, sino también se estudia el historial médico para prevenir un reinado demasiado largo o corto (Pérez-Reverte 39).

Gracias a los hombres prestigiosos que pertenecen a esta élite eclesiástica, hay clérigos que nunca podrían integrarse en el cónclave privilegiado, como Quart, Ferro y Spada. Ellos saben que no tienen las conexiones apropiadas para afiliarse del grupo, pero parece que a ellos no les importa. Tal vez, ellos sean demasiado inteligentes, o sea, guardan demasiada información de los asuntos sucios de la Santa Madre Iglesia. Como concluye Spada: “En cuanto a nosotros, nunca seremos *papables*, y posiblemente ni siquiera cardenales. Como suele decirse en la Curia, tenemos poco pedigrí y demasiado curriculum. Pero poseemos poder y sabemos luchar. Eso nos hace temibles” (Pérez-Reverte 47). Los curas como Quart, Ferro y Spada no temen las consecuencias sociales de los actos que cometen, porque ellos saben que son los que pueden realizar las metas, cualesquiera que sean, de la Iglesia.

Al fin y al cabo, este sistema de castas nos suena un poco ridículo porque el estatus jerárquico tiene relativamente poco que ver con las capacidades religiosas de los eclesiásticos. La Curia, se ha convertido en un tipo de monarquía absoluta, que nos recuerda del sistema feudal

de la época medieval. Behar explica que ese tipo de jerarquía fija y rígida le acuerda a la gente española de los vínculos que mantenía la Iglesia con los poderosos seculares de su país. En la actualidad, la aristocracia vaticana se asocia con la represión de varios regímenes sofocantes, especialmente los que manejan la fuerza de la religión como una espada, como el de Franco por ejemplo. La sociedad contemporánea, incluyendo al padre Quart, rechaza los valores tradicionales de la Iglesia que respaldan el poder absoluto de la Curia, a favor de un espiritualismo que se sostiene por una relación penetrante entre sólo el individuo y Dios (Behar 86, 105).

2.3 QUART COMO CURA ATÍPICO

Como ya hemos mencionado, el puesto de Lorenzo Quart representa una curiosidad de la jerarquía vaticana. El hecho de que la Iglesia necesita emplear a un detective para investigarse parece señalar la hipocresía de la organización. Sin embargo, desde el comienzo de la novela comprendemos que al cura/detective le faltan las características de un cura típico. El Vaticano le ha mandado a Sevilla para investigar la situación precaria de Nuestra Señora de las Lagrimas y porque quiere que él descubra la identidad de *Vísperas*, el pirata informático, para prevenir otras corrupciones en el sistema ordenador del Santo Oficio. Quart sabe que sus debilidades como clérigo tradicional le ayudarán a realizar esta empresa tan especial:

Lorenzo Quart tenía perfecta conciencia de su debilidad en lo concerniente a virtudes más o menos teologales: la caridad o la compasión, por ejemplo [...] Tampoco la humildad, a pesar de su naturaleza disciplinada. Adolecía de todo eso, pero no de minuciosidad [...] y ello lo hacía valioso para sus superiores [...] Quart era preciso y fiable como una navaja suiza. (Pérez-Reverte 21)

Parece más un soldado que un cura devoto, y el Vaticano, reconociendo sus debilidades, lo ha situado en un puesto como arma de la Iglesia. De hecho, una multitud de personajes, a lo largo

de la novela, se refieren al estatus de Quart como un policía o un soldado de Dios. Él viene a Sevilla para ejecutar una indagación en el nombre del Santo Oficio, y por lo tanto, tiene que comportarse como un detective o un policía profesional para resolver el conflicto y para identificar a *Vísperas*. No obstante, su capacidad en este oficio nos parece un poco curiosa porque no tenemos la expectativa de enfrentarnos con un cura, un hombre que supuestamente sólo se involucra en los asuntos religiosos, pero que en realidad, se porta como un soldado de Dios.

Quart y Spada saben que han sido elegidos para hacer una tarea que Dios no es capaz de hacer, algo nadie dentro de la Curia está dispuesto a aceptar. Los miembros del IOE, exactamente como los del CIA, son responsables de la protección y la defensa de un grupo de individuos muy importantes. Ellos tienen que asegurar la invulnerabilidad del Vaticano, así manteniendo la autoridad absoluta de la organización. Spada le explica a Quart el puesto de los curas que eligen integrarse en el IOE: “Como diría su paisano San Ignacio, hemos elegido lo que a Dios le sobra y otros no quieren: la tormenta y el combate. Nuestras victorias sólo son aplazamientos hasta el siguiente ataque. Porque Iwaszkiewicz seguirá siendo cardenal mientras viva [...] gracias a hombres como usted y yo, menos vulnerable al mundo” (Pérez-Reverte 46). El hecho de que a Quart le faltan las cualidades inherentes de un cura tradicional, precisamente hace que sea el hombre perfecto para su rol en el IOE. Uno tiene que divorciarse un poco de los principios clericales para poder funcionar como un defensor de la fe, porque, seguramente, tendrá que cometer actos que vayan en contra de las pautas tradicionales de la Iglesia. Quart tiene que volverse un poco más laico para cumplir con los requisitos de un detective.

Además de su indiferencia a los votos tradicionales de la clerecía, Lorenzo Quart también alude al hecho de que no confía totalmente en la omnipresencia de Dios. Cuando él era muy

joven, se quedó huérfano cuando su padre, un pescador, se ahogó en el mar. El sacerdote de un pueblo pequeño lo acogió, y eventualmente facilitó su asistencia en el seminario (Pérez-Reverte 58). No obstante, Quart indica que, para él, el estudio y la práctica del catolicismo son conceptos relativos, y que más que nada se consuela por la regularidad que mantiene en su práctica física de la religión:

Su credo consistía menos en la admisión de verdades reveladas que en actuar con arreglo al supuesto de tener fe [...] Considerada desde ese punto de vista, la Iglesia Católica le había ofrecido desde el principio lo que a otros jóvenes la milicia: un lugar donde, a cambio de no cuestionar el concepto, uno encontraba la mayor parte de los problemas resueltos por el reglamento. En su caso, aquella disciplina oficiaba en lugar de la fe que no tenía. (Pérez-Reverte 58)

En resumen, él confía más en el orden que en Dios. Teme el caos del mundo externo, y así se integra en el clero porque todo está regulado y siempre hay una solución concreta para casi cualquier problema. Según su superior, el Monseñor Spada, es precisamente esa falta de fe combinada con su rigor lo que lo hacen muy “eficaz en su trabajo” (Pérez-Reverte 58). Como hemos mencionado, se necesita un carácter muy particular para cumplir con los requisitos de ser un agente del IOE, y Quart es tan frío de carácter que puede ejecutar sus responsabilidades de una manera muy precisa.

Lorenzo Quart no es el único sacerdote ni “real” ni literario, que no se fíe de los poderes absolutos de Dios. Ruth Behar recuerda la novela de Miguel de Unamuno, *San Manuel Bueno, Mártir* que versa sobre la vida de un párroco que no cree en Dios, y que oculta su falta de fe para poder dar esperanza a sus feligreses. Por ende, un sacerdote que cuestiona su fe no refleja un nuevo concepto literario. Además, Ana María Sptizmesser indica que las sensibilidades de la época moderna “había[n] surgido como respuesta a un sentido fundamental de pérdida – del orden espiritual, tradición, convenciones multiseculares, creencias religiosas o míticas”

(Spitzmesser 6). La sociedad moderna respondía a esa pérdida con la intención de recuperar el orden que había perdido, y así, solían poner mucha fe en las organizaciones y establecimientos para resolver esa crisis y para restaurar un sentido de orden.

En cambio, la sensibilidad posmoderna ve las carencias de dichas instituciones y las cuestiona para probar que no son tan infalibles como proyectan ser (Spitzmesser 7; Sim, *Companion* 340). Lorenzo Quart refleja los valores del posmodernismo desde su posición rara dentro del Vaticano; simboliza una nueva orden de párrocos: los que cuestionan la fe y el poder de sus superiores. Él, como un eclesiástico que apoya dichos valores, ya no tiene confianza en los establecimientos de la modernidad, porque su única fe es la de ser un soldado: “Su única fe era la fe de un soldado. Y en su caso no era exacto el viejo dicho de la Curia: *Tutti i preti sono falsi*. Que todos los curas fueran farsantes o no era algo que no le daba frío ni calor. Lorenzo Quart era un tranquilo templario honrado” (Pérez-Reverte 199). A él, en realidad, no le importan los motivos por luchar; simplemente fue mera coincidencia que hubiese escogido a Dios como pretexto.

Quart no sólo profiere su falta de creencia en la existencia de Dios, sino que señala explícitamente que su única defensa en un mundo en que Dios no muestra su presencia es el orden y las reglas que le brinda la Curia: “Y como alguno de los fantasmas que acompañaban a sus ojos abiertos en la oscuridad, el templario con la espada como único apoyo bajo un cielo sin Dios necesitaba apelar a la regla” (Pérez-Reverte 225). Quart reconoce que vivimos en un mundo caótico sin respuestas, y para él, Dios no le ofrece un refugio del caos porque Él no existe. Según concluye el cura/detective, la única seguridad son las pautas que le ofrece la vida dentro de la clerecía. Sin embargo, fomenta una actitud de indiferencia hacia los votos

tradicionales de un cura. A pesar de que a él le atraen el reglamento de la vida eclesiástica,

Quart detesta su significado:

Quart detestaba con todas sus fuerzas y toda su memoria aquella tosquedad, la pobreza de espíritu, la misma limitación oscura y miserable, misa de madrugada, siesta en la mecedora oliendo a cerrado y a sudor, rosario a las siete, chocolate con las beatas, un gato en el portal, un ama o una sobrina que de un modo u otro aliviaran la soledad o los años. Y después el final: la demencia senil, la consunción de una vida estéril y sórdida en un asilo. (Pérez-Reverte 127)

Como huérfano, Quart ha presenciado casi todas las facetas de su protector, un cura español, y pondera si este tipo de vida puede ser justificado por una pasión por Dios. El cura/detective asegura que la vida típica de un sacerdote no tiene un significado imprescindible, porque él sólo es un hombre entre muchos que padece una existencia solitaria y fastidiada. En definitiva, la manera en que describe la existencia clerical nos hace pensar en la vida carcelaria.

Aunque sabemos que Quart desdeña algunas de las facetas de ser un clérigo, no comunica esos sentimientos ni a sus superiores, ni a los otros personajes a quienes conoce dentro del entorno sevillano en que se mueve. Él juzga que sería más prudente guardar silencio en vez de pronunciar sus dudas, porque teme perder el reglamento que le proporciona la Iglesia: “[L]legó al seminario con la pregunta hecha y convencido de la ausencia de respuesta [...] pero era un joven prudente, y supo guardar silencio. En los años de aprendizaje, lo importante para Quart había sido el descubrimiento de una disciplina; unas normas según las que ordenar su vida” (Pérez-Reverte 161). El hecho de que Quart pertenece a una orden particular del Vaticano y que es tan competente en su puesto, lo hace menos capaz de entender los problemas y las dificultades del padre Ferro y otros eclesiásticos.

Quart no puede comprender la situación del párroco viejo porque él nunca tenía que enfrentarse con los apuros de sus feligreses; nunca tenía que guardar la responsabilidad de cuidar

a una gente que se iba desapareciendo, gente que sufre una pérdida de esperanza y necesita la presencia de un cura para brindarles consuelo. Ferro reconoce que Quart, como arma del IOE y como muchos clérigos contemporáneos, nunca entendería su lucha por mantener intacta su parroquia porque no es un sacerdote “auténtico” sino un soldado de Dios (Behar 96). “¿Qué sabe usted [...] y que saben sus jefes en Roma, con su mentalidad de funcionarios?... ¿Qué saben del amor o del odio, salvo definiciones teológicas y susurros de confesionario? [...] Basta mirarlo: su modo de hablar, o de moverse, delata a quien dará cuenta de pecados de omisión, no de pecados cometidos” (Pérez-Reverte 290). Más adelante el padre añade que Quart tampoco tiene que preocuparse por las vidas diarias ni las almas de unos feligreses que dependiesen del sosiego que él les daría.

Pérez-Reverte ha imaginado a un protagonista clerical que en realidad no se comporta según las reglas tradicionales de la Curia. En vez de cultivar una fe profunda, se consuela en la regularidad que mantiene en su práctica de unos ritos. Se rodea con la estructura y la rutina que le provee su trabajo, porque teme lo que le espere en el mundo externo. Siendo un cura que mejor encarna los valores posmodernos, Quart desarrolla una sensibilidad escéptica, pero es precisamente su conocimiento de las complicaciones del mundo externo lo que le fuerza a tener miedo de una vida fuera de la Iglesia. Por consiguiente, parece que Quart está entre la espada y la pared; por un lado, desprecia los preceptos eclesiásticos, pero por el otro lado, necesita la rigidez de sus tradiciones y reglamentos (Sim, *Companion* 319).

Aunque Quart no tiene confianza en la existencia de Dios, él experimenta una crisis de identidad como clérigo, al llegar a Sevilla y enamorarse de una de las sospechadas en la infiltración del ordenador papal, Macarena Bruner. La pareja forma una relación muy íntima tras la indagación de Quart, y el cura se encuentra admirando el cuerpo de la aristócrata, y además le

encanta su personalidad. Desde los primeros momentos en que los dos se conocen, es evidente que él va a enamorarse de ella. Casi inmediatamente, Quart reconoce su silueta delgada y atlética y su cabello castaño, lo cual roza sus hombros con una delicadeza que le incita a guardar unos pensamientos muy apasionados:

El cabello de Macarena Bruner resbalaba sobre el hombre cubriéndole media cara [...] Cualquier pintor, cualquier francés o cualquier torero podían perder la cabeza por aquella mujer. Durante una fracción de segundo se preguntó si también cualquier cura [...] Se quitó las gafas negras, y a Quart lo sorprendió la belleza de los ojos grandes [...] Así que se limitó a sostener la mirada de aquellos ojos como si la salvación de su alma dependiera de eso. (Pérez-Reverte 141-142)

A pesar de que a Quart le gusta el aspecto físico de Macarena, él sabe que enamorarse de una mujer no representa una opción disponible para un sacerdote y combate sus sentimientos a lo largo de la obra. Aún comenta que se siente una soledad inmensa a causa de su puesto. Admite que persigue el compañerismo romántico de una mujer, en vez de elegir aliviarse de la soledad de los años celibatos con la compañía platónica de una ama de iglesia o una sobrina. A lo largo de la novela, Quart se halla disfrutando de la belleza de la mujer y pensando en su incapacidad de forjar una relación sexual con ella. Así, nos brinda un comentario acerca de la vida celibata de un cura. Por ejemplo, mientras está presenciando uno de los servicios de Ferro, Quart advierte la falta de sexualidad del eclesiástico: “La luz eléctrica suavizaba los ángulos de su rostro, matizando la línea fina y obstinada de unos labios angostos, duros. Una de esas bocas que no han besado en su vida más que ornamentos, piedra y metal” (Pérez-Reverte 31). Quart explica esa falta de sexualidad como si fuera una pérdida de masculinidad; nos indica que los curas que tienen que cumplir con esa pauta católica, están desperdiciando una porción importante de su constitución como seres humanos.

Efectivamente, aparte de sus enlaces con Macarena, el cura/detective también cultivó un tipo de noviazgo con otra mujer mientras que estaba investigando otro asunto en nombre del Vaticano. Tradicionalmente, no pensamos en la sexualidad de los clérigos, más bien suponemos que ellos siempre han preservado su castidad. No obstante, Macarena Bruner le pregunta a Quart sobre su pasado sexual, y él alude al hecho de que sí ya había gozado de una relación íntima con una mujer, y era precisamente su trabajo para el IOE que la había facilitado.

En un mundo cerrado [...] que negaba el contacto con la mujer y donde la única solución oficiosamente aceptada reside en la masturbación o el sexo clandestino [...] la vida diplomática y el trabajo para el Instituto de la Obras Exteriores facilitaban lo que monseñor Spada [...] definía como coartadas tácticas. El bien general de la Iglesia, considerado como fin, justificaba a veces el empleo de ciertos medios; y en ese sentido, el atractivo de cualquier apuesto secretario de nunciatura entre las esposas de ministros, financieros y embajadores, víctimas fáciles del instinto de adopción ante sacerdotes jóvenes o interesantes, abría muchas puertas infranqueables por monseñores o eminencias más viejos y correosos. (Pérez-Reverte 224-225)

De nuevo, su posición – que a veces requiere el empleo de espionaje y subterfugio – dentro de esa organización protectora le permite a Quart unas transgresiones para poder realizar sus metas en proteger a los oficiales de la Iglesia. En otras palabras, la institución le concede una coartada táctica, y el padre insinúa que ha disfrutado de ella por lo menos una vez en su vida.

Mientras que ayudaba en la evacuación de un arzobispo croata cuya vida estaba amenazada, conoció a una mujer que se llamaba Jasmina, una prostituta que trabajaba en los hoteles de Sarajevo. En ese caso, él se limitó a verla desnuda, pero la memoria tanto de Jasmina como de Macarena le fuerza a sentir una pasión sexual fuerte:

Puso la mano herida entre sus muslos y sintió crecer la carne, vigorosa y endurecida por el pensamiento y los recuerdos. Vislumbraba [...] la silueta de un hombre que caminaba solo [...] Un templario solitario, en un páramo, bajo un cielo sin Dios [...] Intentaba rezar, desafiando el vacío escondido en cada palabra. Sentía una inmensa soledad. Una tranquila y desesperada tristeza. (Pérez-Reverte 341)

De nuevo, Quart expresa que se siente aislado y casi desamparado por no poder satisfacer sus urgencias biológicas. Asimismo, notamos que Quart refuta la existencia de Dios y la influencia de sus oraciones otra vez. Quizás, él especula cómo sería posible que tuviese ese tipo de sensación si Dios no quiere que lo disfrute. Más adelante, imagina una escena sexual muy vívida, la cual le deja nuevamente con la sensación de su soledad: “Ella, tensa, esbelta [...] echada hacia atrás la cabeza [...] gimiendo crispada entre los brazos que la anclaban con firmeza, recios, clavada a la carne del hombre cuya cintura rodeaba con sus muslos desnudos. Recobrando el aliento entre el calor y la saliva sobre la piel húmeda, y el sexo húmedo [...] de pronto Quart se encontró solo de nuevo, en las calles desiertas de Santa Cruz” (Pérez-Reverte 430-431). Es un hombre y un ser humano que necesita el contacto físico de otra persona. Al tener que aplazar sus sensibilidades masculinas y aún humanas, empieza a despertar otras menos sexuales y más teóricas. Duda de la existencia de un Dios que apruebe y requiera ese tipo de tortura, y pierde su confianza en la organización que respalda la práctica de la castidad.

Tal vez Pérez-Reverte nos presente una crítica de un establecimiento que, a pesar de unos cuantos avances, rehúsa abandonar una práctica que se ha mostrado menos factible a lo largo del paso del tiempo. El autor rebaja su protagonista al nivel de un ser humano corriente, para demostrar la humanidad de los oficiales de la Iglesia, que tienen que someterse a un estándar más alto que los laicos. Ese estándar trata de negar la sexualidad de sus miembros, y existe evidencia que en la actualidad eso se cree más y más anticuado. Según el estudio de Ruth Behar, se hace evidente que en varias regiones españolas, se toleran las relaciones sexuales entre los párrocos y sus feligreses femeninos. Ella afirma que la gente contemporánea entiende la humanidad y las vulnerabilidades de los eclesiásticos. Además, introduce la opinión de una mujer que reside en una zona rural de León: “If they have balls, if they haven’t been castrated, then they can’t be

very different from other men” (Behar 91). De todo lo que antecede se deduce que Pérez-Reverte, como los individuos de la investigación de Behar, reconoce que los curas no son hombres perfectos. Ellos tienen necesidades como cualquier ser humano; no son tan angelicales como el Vaticano suele proyectarlos.

A pesar de su melancolía, Quart entiende que no puede forjar una relación amorosa con Macarena porque eso significaría la pérdida de la seguridad y el orden que ha logrado dentro del clero: “A veces, como la noche que pasearon por Santa Cruz [...] Quart experimentó la aguda certeza física de lo perdido: sensación de vacío, inmensa y desesperada tristeza (Pérez-Reverte 511). Más tarde, menciona que había esperado que ella “gritara *te quiero* [y] se arrancaría el alzacuello de la camisa, volviendo atrás para tomarla en sus brazos [...] [pero] sabía – lo había sabido siempre – que Macarena Bruner nunca volvería a decirle a un hombre esas palabras” (Pérez-Reverte 512-513). Aunque él la ama, reconoce que no puede mantener una relación con Macarena porque eso arruinaría su existencia asegurada dentro de la orden eclesiástica. Quart sufre una tristeza tremenda al llegar a esta realización; no obstante, son precisamente sus debilidades lo que nos muestran su humanidad.

Él niega sus sentimientos amorosos para preservar su propia seguridad, pero sufre por la decisión, como cualquier hombre atrapado entre el querer y el deber: “Ella acercó una mano y la enlazó con los dedos de Quart [...] Entonces Quart se desasíó suavemente, y golpeó muy fuerte, con el puño, el banco de piedra donde estaban sentados [...] Sentía la sangre gotear por sus dedos, desde los nudillos maltrechos” (Pérez-Reverte 332-333). Por casi toda la novela, Quart lucha consigo mismo porque no puede decidir entre su masculinidad y su necesidad de asegurarse con el reglamento de la Curia.

Quart no sólo lucha contra sus emociones interiores, sino que también exterioriza sus frustraciones mediante la violencia física. Por ejemplo, observamos alrededor de cuatro altercados físicos entre el cura/detective y varios personajes de la novela, incluso Pencho Gavira, los tres verdugos que han secuestrado al padre Ferro, el periodista Honorato Bonafé, y aún el cura joven de Nuestra Señora de las Lágrimas. Durante su disputa con Bonafé, Quart confiesa que a pesar de su posición dentro del IOE, mantiene una predisposición hacia la violencia y la rabia: “En cualquier caso, y a pesar de mi condición eclesiástica, soy propenso al pecado de ira” (Pérez-Reverte 205). Anteriormente, aún pelea físicamente con Óscar Lobato, cuando el cura joven lo encuentra en su habitación privada sin permiso. Después de la altercación, Quart consiente que una situación en la cual dos curas pierden las cabezas y se pegan, representa una ridiculez: “Lo sentía de verdad, avergonzado por no haber sido capaz de evitar aquel disparate. Dos sacerdotes peleando igual que gañanes era algo fuera de todo lo justificable; y la juventud del adversario no hacía más que acentuar su propio embarazo” (Pérez-Reverte 181). Sería preciso destacar que Pérez-Reverte aprovecha de ese defecto particular, para demostrar que Quart no sólo es capaz de conservar unos sentimientos amorosos, sino que también es capaz de emocionarse demasiado. El autor, de nuevo, rebaja a su protagonista eclesiástico al nivel de la gente común, y refuerza que ese grupo de gente supuestamente exclusivo, en realidad tiene los mismos defectos que cualquier ser humano.

Al fin de la novela, en una escena muy conmovedora, Quart le pide la absolución al padre Ferro, quien está encarcelado como sospechoso en el asesinato de Bonafé. Esa escena, a primera lectura, parece un poco rara, si no consideramos el respeto y el entendimiento que sigue creciendo entre Quart y el anciano. Quizás, el cura/detective haya sido inspirado por el sacerdote anciano porque, después de tantas controversias, dificultades, y violencia, los dos se entienden.

Ambos curas han mencionado que se sienten perdidos en el mundo contemporáneo y que dudan del peso de sus oraciones. Pero a fin de cuentas parece que, por lo menos el menor, ha descubierto lo que puede inspirarle nuevamente:

Eran dos caras de la misma moneda: el único heroísmo posible, el valor lúcido desprovisto de banderas y de victoria. Peones solitarios al extremo del tablero, esforzándose por terminar su juego con dignidad incluso desbordados por la derrota, como cuadros de infantería cuyo fuego se extinguiera poco a poco en un valle inundado de enemigos y de sombras. Ésta es mi casilla, aquí estoy, aquí muero. Y en el centro de cada casilla, un cansado redoble de tambor. (Pérez-Reverte 498)

La sensibilidad posmoderna requiere que uno sea escéptico ante la autoridad y los establecimientos de la modernidad, y que dude de la existencia de una verdad absoluta (Eagleton 58). Sin embargo, siguiendo estos valores, si no existe una verdad, y tampoco un Dios, el único posible consuelo con el que podemos contar es nuestro prójimo. Quart, como la voz del posmodernismo de la novela, comunica su falta de fe en esas entidades, y así se siente perdido en el mundo contemporáneo. No obstante, la relación que consigue con Ferro le brinda la inspiración y la orientación que perdió hace muchos años. Según Quart: “Tal vez [...] el Universo no era sino el resultado del sueño de un Dios ebrio que se iba a dormir a una estrella (Pérez-Reverte 503-504). Si asentimos a esa idea, también tenemos que preservar nuestra fe, como Quart, en la gente con quien nos enfrentamos cada día.

2.4 FERRO: UN ENIGMA DE LA FE CATÓLICA

El padre Ferro, a diferencia de Quart, es un cura que venera los principios tradicionales de la Santa Madre Iglesia; no obstante, también representa una anomalía, precisamente porque respeta esas costumbres arcaicas. A lo largo de la obra, Ferro se ve como un sacerdote que practica estrictamente varios ritos ya considerados anticuados. Por ejemplo, en la primera misa,

oficiada por Ferro y a la que asiste Quart, el cura/detective enumera varias tradiciones que observa el párroco que ahora no se usan en las iglesias más contemporáneas. Ferro viste de un amito, una pieza de tela que se lleva bajo la sotana parroquial antes del Concilio Vaticano II. Asimismo, recita unas cuantas porciones del servicio en latín, ya considerado una infracción. Es más, emplea un lavatorio de manos y mantiene sus “pulgares e índices juntos, formando un círculo, para impedir que tuviesen contacto con nada” (Pérez-Reverte 239). Quart apunta que esos ritos son muy ortodoxos, e indica que Ferro no puede aceptar el paso del tiempo:

Todo aquello era exquisitamente ortodoxo a la antigua usanza, muy propio de viejos eclesiásticos renuentes a aceptar el cambio de los tiempos [...] [E]l párroco pronunciaba en voz baja, audible en el silencio absoluto de la iglesia, las oraciones del sacrificio de la misa del mismo modo que fueron pronunciadas por otros hombres, [...] durante los últimos mil trescientos años. (Pérez-Reverte 239)

Aunque durante el Concilio Vaticano II la Iglesia promovió unos cambios para protegerse de la pérdida de sus miembros a causa de los cambios traídos por el tiempo, ella sigue siendo una organización muy rigurosa en la práctica de muchas de sus tradiciones (Behar 80). Por ende, parece una hipocresía que el Vaticano trata al párroco como una rareza simplemente porque practica esas costumbres anticuadas. Según Ferro, su conducta como sacerdote representa los ideales de la Iglesia establecidos hace siglos cuando esas tradiciones guardaban un significado importante. Aún Quart, el cura más progresista de la novela, reconoce el significado de ese dinámico tradicionalismo:

Era la religión de antes, la de siempre, la del sacerdote de sotana y latín, intermediario imprescindible entre el hombre y los grandes misterios. La iglesia del consuelo y la fe, cuando las catedrales, las vidrieras góticas, los retablos barrocos, las imágenes y las pinturas que mostraban la gloria de Dios cumplían la misión desempeñada ahora por las pantallas de los televisores: tranquilizar al hombre ante el horror de su propia soledad, de la muerte y del vacío. (Pérez-Reverte 162)

En su propia opinión, don Príamo Ferro les está ayudando a sus feligreses con los grandes misterios de la vida, al mismo tiempo que les ofrece la consolación en una vida tan confusa. Él aprecia las reliquias que todavía demuestran la gloria de Dios, y las utiliza para armarse contra una época posmoderna en que la sociedad sólo cree en lo que se ve en la televisión y lo que se prueba físicamente. Tiene que luchar contra “el contagio” de la mentalidad posmoderna, la cual propone que la gente pierda su fe en las instituciones establecidas, y así en la Iglesia también (Behar 96).

Según opinan los oficiales de la Iglesia, el tradicionalismo inexorable de Ferro le hace un cura que cultiva su propia forma de anticlericalismo. El Vaticano asegura que el hecho de que ese párroco desobedece las pautas establecidas por el Concilio Vaticano II acerca de la liberalización de varias facetas y prácticas de la Iglesia, señala su rechazo y su desaprecio de los fundamentos nuevos de la organización de la que es miembro. De esta manera, los oficiales se creen justificados en combatir al sacerdote tradicionalista porque él trata de quitar la autoridad de las manos de la Iglesia; el Vaticano no podría tolerar ese tipo de afrenta. Como resultado existe una batalla dentro de la jerarquía de la Curia. Por un lado tenemos los que quieren preservar las costumbres de la Iglesia y por el otro se hallan los que favorecen la racionalización y la liberalización de la fe católica. Ese conflicto se parece casi exactamente al del mundo posmoderno, en el cual hay una discordancia entre los que quieren proteger los fundamentos de la modernidad, que se va desmantelando, y los que cuestionan los principios de la época anterior y que desean provocar un escepticismo frente a la autoridad en general (Eagleton 58).

Por casi toda la obra se expresa que Ferro ejemplifica las cualidades ideales de un sacerdote. Casi todos sus feligreses lo admiran y lo respetan, y declaran que perciben en él algo que se va perdiendo en la época contemporánea. Básicamente, el párroco tiene la capacidad –

rara en la actualidad – de inspirar a los que conoce. Por ejemplo, Óscar Lobato comunica la manera en que el padre Ferro lo había conmovido: “Al conocer a don Príamo comprendí qué es la fe: algo independiente, incluso, de que Dios exista. La fe es el salto a ciegas hacia los brazos de alguien que te acoge en ellos...Es el consuelo frente al miedo y al dolor incomprensibles. La confianza del niño en la mano que lo saca de la oscuridad” (Pérez-Reverte 185). Tal vez, Ferro represente esa mano para sus feligreses y para Óscar Lobato; les provee de una razón por creer y les ofrece una forma de consuelo.

Más adelante, Lobato añade que don Príamo le enseñaba el por qué de hacerse cura. Antes de que viniera a Nuestra Señora de las Lagrimas, se contentaba con ser el asistente callado del arzobispo Corvo, pero al conocer al párroco viejo y devoto, encontró una pasión que nunca había sentido antes. Por lo tanto, apoya su decisión de quebrantar su acuerdo con el arzobispo y hacerse partidario de Ferro porque reconoce la importancia que lleva ese hombre dentro de su parroquia pequeña: “Hoy lo veo de otro modo. Dios está en cualquier parte, en cualquier rincón, porque va con nosotros [...] Monseñor Corvo no lo sabe, pero es ahora cuando siento de verdad que soy sacerdote, con una razón para luchar y resistir” (Pérez-Reverte 354). En un mundo tan desarreglado donde mucha gente se siente que ha perdido sus razones para luchar, don Príamo es un hombre que tiene el poder de incitar a sus feligreses a combatir la profanación de su sociedad y a reemplazar sus temores con una esperanza profunda.

Ferro es capaz de inspirar a la gente, pero parece que a él le falta su propia fuente de inspiración. Admite que, hace muchos años, perdió su fe en la Iglesia como una institución que protege todas las verdades. Él afirma que el Vaticano se involucra tanto en su propio poder y su propia aristocracia que ha perdido los valores importantes, y los han sustituido con mentiras: “Me temo que en la Iglesia, como en el resto del mundo, casi todas las verdades son mentira”

(Pérez-Reverte 274). El sacerdote reafirma la perspectiva que la Iglesia sólo sirve como una corporación cuyos funcionarios, los curas, sólo sirven para realizar las metas de la jerarquía en vez de cuidar de las almas de los feligreses.

Eventualmente, se sabe que don Príamo, como Quart, no sólo ha perdido su fe en la Santa Madre Iglesia; también durante los años duros cuando servía como un cura rural, le han hecho perder su fe en Dios. Revela que había rezado tanto sin una respuesta y que ahora no sabe ante quién debe orar. A pesar de que lamenta su falta de fe, declara que en realidad a sus devotos no les importa si él sostiene su fe en Dios o no. Ellos tienen fe, y su puesto en la vida es ayudarles a mantener esa fe, a pesar de sus propias convicciones: “¿Qué más dura que yo tenga fe o no la tenga?... Los que acuden a mí sí la tienen. Y eso justifica de sobra la existencia de Nuestra Señora de las Lágrimas” (Pérez-Reverte 293). Sabe que su pequeña parroquia considera a Nuestra Señora de las Lágrimas un refugio donde pueden consolarse con la esperanza que Ferro le brinda. Esa gente nunca dejaría un legado inmutable parecido al de la aristocracia o la jerarquía vaticana; nadie volvería a pensar en ella después de que hubiese fallecido. Así asiste a la misa del padre Ferro con la esperanza de que algo mejor espere fuera de ese mundo tan temible. Ese párroco reconoce que la religión y la tradición que él exalta se extinguen ante sus ojos, y según él, aún los oficiales de la Iglesia ya no creen en la omnipresencia de Dios:

¿Cómo preservar, entonces [...] el mensaje de la vida en un mundo que lleva el sello de la muerte?... El hombre se extingue, y que a diferencia de reyes, papas y generales, no quedará ninguna memoria de él. Tiene que haber algo más, se dice. De lo contrario, el Universo es una broma de mal gusto; un caos desprovisto de sentido. Y la fe se convierte en una forma de esperanza. Un consuelo. Quizá por eso ya ni el Santo Padre cree en Dios. (Pérez-Reverte 293)

Él percibe la hipocresía de una organización que pretende preocuparse por la fe de sus fieles, mientras que sus propios oficiales o funcionarios ya han convertido la religión en un negocio.

Como Quart, Ferro nos muestra su propia perspectiva posmoderna tras su reconocimiento de su propia falta de confianza o su desengaño frente a los establecimientos que siguen respaldando los principios conservadores de la modernidad (Spitzmesser 1).

Ferro sabe que la fe ciega ya no es suficiente para sostener la mentalidad actual; sin embargo, entiende que la esperanza y el consuelo que les ofrece a sus parroquianos sí valen la pena. Decide que había pasado tanto tiempo presenciando la muerte y la destrucción de su parroquia rural que no iba a someterse a la pérdida de su último refugio, Nuestra Señora de las Lágrimas. De hecho, le explica a Lorenzo Quart que necesita ganar por lo menos una de sus batallas. Está profundamente consciente de que las Bruner, Gris Marsala, Óscar Lobato y el resto de los miembros de la iglesia lo necesitan; dependen en lo que él les ofrece. Macarena le describe esas creencias a Quart, para hacer más profundo su entendimiento de los métodos del párroco tradicional:

Fue párroco rural durante media vida [...] Sólo había viejos, y se le fueron muriendo uno a uno [...] Eso le metió en la cabeza ciertas ideas fijas sobre la vida y sobre la muerte, y sobre el papel que ustedes los sacerdotes desempeñan en el mundo... Para él, esta iglesia es muy importante. La cree necesaria, y afirma que cada iglesia que se cierra o se pierde es un trozo de cielo que desaparece. Y como nadie le hace caso, en vez de rendirse, lucha. Suele decir que ya perdió demasiadas batallas allá arriba, en las montañas. (Pérez-Reverte 222-223)

A pesar de que Ferro ha perdido su propia fe en Dios y que el mundo exterior ha cambiado tanto que aún casi nadie se fía de las verdades que proponen los clérigos, él comprende que existen individuos que lo necesitan. Es curioso que un cura tan tradicional juzga que su propia fe es irrelevante a los de su parroquia, pero como lectores que se mueven en el mismo entorno posmoderno, podemos entender que, no obstante su falta de fe en la Iglesia y en Dios, sí tiene una fe profunda y poderosa. Puede rendirles a sus parroquianos lo que la Iglesia contemporánea

ya se ha olvidado, y por eso lucha casi hasta la muerte por defender su derecho a realizar su meta.

Aunque Ferro es muy conservador en cuanto a las pautas católicas, también quebranta algunos de los cánones de sus votos. Aún roba su propia iglesia de unas reliquias valiosas, y las vende clandestinamente:

Un día vino a visitarme un extranjero [...] [que] iba acompañado por otro individuo elegante [...] Hicieron una oferta por el Cristo y el pequeño retablo del altar [...] Pues claro que lo[s] vendí. Sin dudarlo un momento. Con eso reparé el tejado, obtuve medicamentos para los enfermos, palié los daños de las heladas y las enfermedades del ganado...Ayudé a vivir y morir a la gente [...] Mis feligreses, por pocos sean, valen más que una tabla pintada. (Pérez-Reverte 411-412)

Don Príamo Ferro representa una paradoja como párroco. Él cometió un crimen, pero lo hizo para cuidar de su parroquia disminuida que sólo se fía de la Iglesia y de su director espiritual. Aunque le robe a la parroquia, él se cree justificado en cometer ese acto porque intenta salvar a sus feligreses y la iglesia. Efectivamente, existe evidencia que indica que el encuentro de este tipo de circunstancia no sea ocasional; de lo contrario, sucede con frecuencia, especialmente en las regiones rurales de España. No obstante, los devotos de aún las iglesias más pequeñas resienten esa privación de sus objetos religiosos, manteniendo que pertenecen al pueblo y que un cura no tiene el derecho de venderlos a pesar de su valor económico (Behar 81). Ferro nos indica que no le importan las consecuencias de sus acciones, ni con los oficiales de la Iglesia, ni con sus feligreses, porque piensa que él sabe lo que mejor les sirve para sostener sus vidas.

Nos parece un poco chocante que haya un cura tan tradicional que sea capaz de cometer un crimen, pero al final de la novela Lorenzo Quart declara que el padre Ferro es precisamente el tipo de cura que aquél puede imaginar matando a alguien para defender la iglesia. Quart reconoce que el párroco viejo es tan apasionado, que hará cualquier cosa necesaria para destruir a

los que amenazan a Nuestra Señora de las Lágrimas. Nadie que se asocia con la lucha por salvar el edificio puede imaginar que Ferro haya cometido un acto así pero, como un cura contemporáneo, Quart sabe que nadie es insospechable: “ – Don Príamo nunca haría una cosa así. Quart movió la cabeza, pero no dijo nada. Pensaba en Honorato Bonafé muerto en el confesionario [...] Era precisamente al padre Ferro a quien él imaginaba haciendo una cosa así” (Pérez-Reverte 464).

Ferro guarda unas cuantas amistades muy sólidas, pero también tiene enemigos, especialmente entre los miembros del arzobispado de Sevilla. A causa del hecho de que Monseñor Corvo, el arzobispo, iba a recibir una recompensa al permitir la demolición de la iglesia, haría cualquier cosa necesaria para lograr esa remuneración. Ferro, y sus compañeros, representan casi el único obstáculo al proyecto del Banco Cartujano y al Monseñor Corvo; ambos forjan una enemistad con la parroquia para poder realizar sus metas. Ferro, que está luchando por salvar su último refugio, ataca al arzobispo y a los otros oficiales que respaldan la destrucción de la iglesia: “Su enfrentamiento con el arzobispo es una guerra abierta... En cuanto al alcalde, amenaza con poner una querrela: considera insultantes los términos en que don Príamo se refirió a él durante la homilía de la misa dominical [...] Lo llamó especulador ínfame, prevaricador y político sin consciencia” (Pérez-Reverte 84). Tras su guerra contra los que arruinarán Nuestra Señora de las Lágrimas, el párroco tiene que convertirse en un tipo de gladiador que perseverará hasta la muerte para retener intacta a su parroquia. Sin embargo, no tiene que combatir a sus enemigos solo; siempre sostiene el apoyo de sus amigos leales. Esos devotos lo defienden contra Lorenzo Quart, quien, según concluyen ellos, ha venido a Sevilla para juzgar al sacerdote viejo y condenarlo, y así adelantar el proceso de la demolición. Ellos

saben que el párroco reñirá por una causa noble, y por eso lo protegen de una manera intensamente leal.

No es una casualidad que uno de los verdugos de la novela sea representado por el arzobispo de Sevilla, Monseñor Corvo. Pérez-Reverte yuxtapone dos miembros de la jerarquía eclesiástica, uno que pertenece a la orden más baja y otro que disfruta de una gran cantidad de poder y privilegio. Corvo goza de su origen prestigioso para poder aprovechar de la riqueza y el poder que recibe a causa de su puesto como arzobispo de una diócesis tan grande como la de Sevilla. Hay varias ocasiones cuando nos fijamos en el anillo que lleva el arzobispo, y la manera en que él lo exhibe como símbolo de su poder. Como prelado de Sevilla, Corvo ejerce su poder sobre las vidas de los católicos de su diócesis, sin conocer a ninguno, mientras que el padre Ferro presencia las dificultades de su parroquia, y básicamente está en las trincheras luchando y sufriendo con su gente devota. Él les brinda ayuda a los que padecen y que mueren, y sólo miran hacia él para encontrar un sentido de paz. En este sentido, Ferro encarna las características de un eclesiástico bueno, pero Corvo se cree justificado en condenar al sacerdote por no cumplir con sus expectativas.

Monseñor Corvo no sólo lo desacredita a causa de su uso de unas prácticas anticuadas, sino también lo reprende por ser demasiado liberal por lo que se refiere a otros principios de la fe católica:

En otras cosas resulta de lo más contradictorio y avanzado. Inoportunamente avanzado [...] Su postura sobre los anticonceptivos, sin ir más lejos descaradamente a favor. O los sacramentos a homosexuales, divorciados y adúlteros. Hace un par de semanas bautizó a un niño al que el titular de otra parroquia había negado las aguas porque sus padres no estaban casados. Cuando su colega fue a pedirle explicaciones, respondió que él bautizaba a quien le daba la gana. (Pérez-Reverte 117-118)

Según Corvo, don Príamo Ferro es demasiado tradicional al mismo tiempo que es demasiado liberal; nos parece que Corvo tiene una vendetta contra el párroco, porque el arzobispo lo condena por casi cualquier cosa que hace. A pesar de que la diócesis no le ofrece su apoyo, Ferro entiende que sus métodos, por raros y contradictorios que sean, se justifican, porque él trata de preservar el tradicionalismo de la Iglesia moderna, al mismo tiempo que se preocupa por las vidas terrenales de sus feligreses. En este sentido, don Príamo parece un cura de la Teología de la Liberación porque se preocupa más por la sobrevivencia de sus feligreses en este mundo, que por la destinación de sus almas después de la vida terrenal (Pérez-Reverte 42).

Aunque no sea permitido darles la absolución ni a los homosexuales ni a los adúlteros, sabe que esa gente es precisamente la que necesita algo con lo cual puedan sostener su confianza. Entiende que nadie puede imaginarse perfecto, y que todos merecen el amor y una razón para vivir. Aún permite que Macarena Bruner reciba la eucaristía sagrada, después de haber confesado que abortó a su hijo. El hecho de que viola una de las pautas más significantes de la Iglesia para dar consolación a Macarena, señala que él entiende el entorno complejo en que vivimos ahora; a él no le importa la controversia que provoque con sus acciones “liberales” porque simplemente quiere proteger a sus feligreses.

Ferro representa un enigma en términos de sus prácticas; es muy tradicional en cuanto a la manera en que se presenta durante la misa, mientras transgrede varias pautas y costumbres de la Iglesia que él juzga irrelevantes en la actualidad. Pérez-Reverte plasma un personaje que tiene un pie en la modernidad y otro en la época posmoderna. No cumple con las expectativas de la modernidad en términos de la conducta de un cura; sin embargo, como lectores posmodernos, podemos simpatizar con Ferro, y hasta percibir la nobleza de sus acciones porque él sólo quiere ayudar a la gente, un ejercicio que parece ya olvidado por el Vaticano.

Además de sus responsabilidades religiosas, a Ferro también le fascinan las ciencias, la astronomía en particular. Cada noche, el párroco entra en la bóveda de la Casa del Postigo, la casa de las Bruner, para someterse a la magnificencia del cielo. De nuevo, es curioso que un cura tan tradicional se captive por una materia basada en la razón en vez de algo que tenga que ver con la religión. Asimismo, no es una coincidencia que le interesen el cielo y los astros, por su asociación inmediata con Dios. Al aprender de los intereses del párroco, Quart le señala que en otro tiempo la Iglesia lo habría castigado: “En otro tiempo [...] esa ciencia estaba prohibida a los clérigos. Excesivamente racional, y por tanto peligrosa para el alma – ahora le sonreía sinceramente al viejo sacerdote - . La Inquisición lo habría encarcelado por eso” (Pérez-Reverte 283). Luego, Ferro asiente que Quart tiene razón, pero le explica su pasión y que a pesar de que se manifiesta en la forma de una ciencia, parece que todavía tiene que ver con los poderes omnipresentes de Dios. Afirma que estudia las estrellas porque “son limpias” (Pérez Reverte 286). El cielo es el único lugar durante esta época tan desesperada, que todavía permanece relativamente libre de la intervención humana. Son creaciones puras de un Dios que intentaba formar algo magnífico, pero según la mentalidad posmoderna, y la de Ferro y Quart, Él ya ha olvidado sus labores.

Ese párroco es una grande anomalía. Comete un crimen para salvar a su parroquia y a sus feligreses. Él también se vincula con la modernidad tras sus costumbres y prácticas muy tradicionales. Es un personaje y un ser humano muy contradictorio, y es esa característica lo que se hace más evidente su inclinación hacia el posmodernismo; esos preceptos se estriban en lo enigmático y lo contradictorio. No sólo es un gladiador que guerrea por realizar sus metas; también es un hombre que tiene pasiones y pasatiempos y que llora y ríe como cualquiera. Su

carácter es complejo y podemos simpatizar con él porque se hace evidente que tiene intenciones muy honorables. Gris Marsala aún lo equivale a un personaje de Ramón J. Sender:

En cuanto a don Príamo, me recuerda ese libro magnífico de un español [...] Ramón J. Sender: *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre*. ¡Aquél conquistador pequeño, desconfiado y duro, que cojeaba de viejas heridas e iba siempre armado a pesar del calor, pues no se fiaba de nadie!... Igual que él, nuestro párroco ha decidido rebelarse contra un rey lejano e ingrato, y librar su guerra personal. (Pérez-Reverte 365-366)

Por consiguiente, Pérez-Reverte entretiene su novela con la de un autor cuyas obras anticlericales son muy famosas. Por regla general, se sabe entre la comunidad literaria de España que las novelas de Sender critican explícitamente a la Iglesia, especialmente la que participa en el nacionalismo de Franco, y por eso, el autor tuvo que mudarse a otro continente para publicar sus textos (Devlin 172). Pérez-Reverte reconoce la índole anticlerical de su propio personaje, y aún la aumenta con un ejemplo de intertextualidad. Nos recuerda que don Príamo Ferro no es el único personaje literario que se rebela contra un establecimiento para facilitar un cambio positivo o para mantener lo bueno que existe. Entonces, Pérez-Reverte representa todas las facetas de la vida del padre Ferro para demostrar que él es una víctima de las mismas debilidades que la gente común. Parece que este cura representa lo que era la Iglesia Católica, y él está tratando de recuperar los valores antiguos para preservar lo bueno de la institución.

Al final de la novela, Ferro admite que ha cometido el asesinato del periodista Honorato Bonafé, a pesar de que en realidad no lo hizo, porque está dispuesto a sacrificarse por adelantar su causa. Entiende que si se confiesa al crimen, Gris Marsala y sus otros devotos podrán continuar con la restauración de Nuestra Señora de las Lágrimas. A pesar de que es evidente que el clérigo no ha asesinado a nadie – no puede explicar ni sus móviles ni el modo del asesinato – a la policía no le importa la verdad; sólo quiere resolver y cerrar el caso. Ferro sabe que ya se

termina su propia batalla, pero cuando Quart le pide la absolución, tal vez lo haga porque quiera devolverle un sentido de esperanza. A lo largo del texto, don Príamo se refiere a Quart como un enemigo, pero después de sufrir varios problemas juntos, los dos se entienden mejor. El sacerdote de la pequeña iglesia ha inspirado a tantas personas, que Quart le otorga la única forma de consuelo que tiene y que el clérigo merece.

2.5 GRIS MARSALA

Como Lorenzo Quart, Gris Marsala también experimenta una crisis de identidad y de fe, y éstas la guían a Nuestra Señora de las Lágrimas. Como una monja que se había enamorado del obispo de su diócesis, sabía que para preservar su puesto, tenía que huir de sus sentimientos y asimismo de su país: “Yo era directora de un colegio de universitarias, en Santa Bárbara. Jamás cambié una palabra con el obispo de mi diócesis que no fuese para cuestiones profesionales. Pero me enamoré de él [...] Y el día que me vi ante un espejo, maquillándome [...] comprendí lo que estaba ocurriendo” (Pérez-Reverte 372). Ella había tomado los votos de castidad, humildad y pobreza, pero se hallaba deseando el compañerismo humano, y el de un hombre en particular. Al reconocer sus deseos, se marchó de su tierra natal para escaparse de sus problemas románticos.

Gris Marsala, como nuestro protagonista, también expresa que se siente una soledad tremenda a causa de su posición como monja, y que siempre ha percibido un enorme vacío en su vida y en su propio espíritu. Igualmente, ella le detalla a Quart lo que habría sido su vida si ella se hubiera quedado una monja tradicional:

Desde que eres novicia te enseñan que en la celda de una religiosa los espejos son peligrosos [...] Tu imagen, según la regla, debe reflejarse en el rosario y el devocionario. No posees nada tuyo [...] La salvación de tu alma no tolera individualismos ni decisiones personales [...] ¿Ha visitado alguna vez un

cementerio de monjas [...] Filas de pequeñas lápidas alineadas todas iguales. Y grabado en ellas, el nombre de religión; no el de bautismo [...] Es como esas necrópolis de guerra con miles de cruces que llevan la inscripción de “desconocido”. Provocan una insufrible sensación de soledad. (Pérez-Reverte 372-373)

Como los curas, las mujeres que toman los votos y se hacen monjas tienen que padecer una vida larga y solitaria sin tener contacto íntimo con otro ser humano. Dedicán toda su existencia a la veneración de un Dios que no se mueve en el entorno terrenal, y al final de esa existencia, ni siquiera se permite que se entierren bajo sus propios nombres. Marsala afirma que esas mujeres no tienen el derecho de ser individuos, como si fueran prisioneras en una cárcel sagrada. Ella opina que la vida de una monja es una existencia despojada de humanidad.

A pesar de sus quejas, sabemos que ella sola eligió hacerse monja. Sin embargo, una vida en la cual todo está decidido por reglamento y uno se siente protegido de los peligros del mundo exterior, puede atraer a muchas personas, incluso a algunos de nuestros personajes. Es muy probable que mucha gente devota se integre en las órdenes religiosas sin pensar en lo que ese tipo de existencia significaría en cuanto a sus exigencias biológicas. Marsala aún comenta que las mujeres más bellas tienen más dificultades en acostumbrarse a una existencia religiosa porque, a pesar de que tienen relativamente poco contacto con los hombres, hay muchas rivalidades y camarillas dentro de la jerarquía de la abadía. Ella reconoce que las monjas no dejan de ser seres humanos al integrarse en el convento; de lo contrario, mantienen fantasías sexuales y la necesidad de cultivar una índole femenina e individual, como cualquier mujer: “A muchas religiosas, como es en mi caso, nos enseñaron desde niñas a tener cuidado con los hombres y a no perder el control frente a ellos... Le sorprendería saber cuántas fantasías sexuales de monjas giran en torno al tema de la bella y la bestia” (Pérez-Reverte 375). A modo de sus antecedentes, Quart y Ferro, Marsala rebaja el lado femenino de la clerecía para demostrar que la

lucha interna con la sexualidad no sólo pertenece a los clérigos. Ella se pregunta cómo podemos poner toda nuestra confianza en una organización que requiere una negación de las funciones biológicas del ser humano, o sea un establecimiento que les fuerza a sus devotos a negar totalmente sus deseos y su individualidad.

No obstante sus opiniones personales acerca de la vida monástica, ella teme perder su puesto y su seguridad, y por ende evita sus problemas amorosos mediante el escape a España. En Sevilla, ella encuentra una causa con la cual puede distraerse, y se echa al trabajo de restaurar Nuestra Señora de las Lágrimas para evadir el pasado. Marsala se hace tan apasionada por la situación de la iglesia barroca, que mata a un periodista cuando él amenaza la supervivencia de la parroquia por sisar un vestigio precioso de sus ornamentos.

Ella sí ha cometido un pecado imperdonable tras el asesinato de ese hombre, pero se cree justificada en hacerlo porque está protegiendo la iglesia. Al saber que ella es la asesina verdadera, sospechamos que también ha perpetrado los otros dos asesinatos que ya tuvieron lugar dentro de la iglesia. En estos dos casos, las víctimas también servían como una amenaza a Nuestra Señora de las Lágrimas; la primera fue un arquitecto y la otra fue un clérigo que trabajaba por el arzobispado. Así, es evidente que ella cometería cualquier acto por salvar Nuestra Señora de las Lágrimas, porque cree que tiene que hacer recompensa por sus debilidades percibidas como monja fiel. Marsala busca otra pasión, la cual sustituiría la que tenía por el obispo, y la encuentra en la pequeña iglesia y en el padre Ferro: “Pero [...] estaba diciendo que vine aquí a ordenar mi corazón y mi cabeza, y encontré la respuesta en la iglesia [...] Una causa, supongo. Algo que justifique en qué creer y por qué luchar [...] [u]na fe” (Pérez-Reverte 166). Por lo tanto, parece que ella también ha perdido su fe en Dios y en una institución que sigue con la deshumanización de sus propios miembros. Sin embargo, su fe se despierta de nuevo al

conocer a un sacerdote apasionado y una iglesia al punto de la demolición. Tal vez, como el resto del mundo posmoderno, ya no se fíe de algo que no haya sido probado físicamente; en vez de eso, reafirma su confianza en la humanidad que la rodea (Eagleton 53).

Pérez-Reverte nos presenta una crítica fuerte de la jerarquía rígida del Vaticano, y también refleja la humanidad de sus personajes religiosos. Nuevamente, reduce la clerecía que aparece en su novela al nivel del laico para reforzar la índole ridícula de un sistema que pone a los eclesiásticos, tanto los masculinos como los femeninos, en un pedestal y tiene la expectativa de que ellos ignoren sus sensibilidades profundamente humanas. De allí, viene el cinismo hacia la institución católica que comunica la obra de Pérez-Reverte. El autor propone que esta organización pretende respaldar los valores altísimos y ser un ente perfecto, cuando en realidad es tan frágil como los seres humanos que componen su afiliación.

2.6 EL PROBLEMA DEL DESENLACE

Al fin de la novela, esperamos la resolución de todos los enigmas y problemas que plantea el autor en su obra. Por ejemplo, podemos imaginar que Quart saldría de su puesto como cura para casarse con Macarena. Asimismo, esperamos que Quart descubra la identidad de *Vísperas*, a quien suponemos que encontrará en el personaje más cruel que recibirá un castigo bien merecido. No obstante, estos tipos de resoluciones no satisfarían la sensibilidad posmoderna, porque el posmodernismo requiere un fin abierto en el que nada quede resuelto y dejando al lector con ganas de saber más. Los autores del posmodernismo construyen conclusiones en las que nada ha sido determinado, así separándose de los fundamentos de la modernidad que demandan una conclusión fija (Navajas 17). Simplemente, los lectores contemporáneos no confiarían en algo que acabara conclusivamente, así que un fin cerrado en

todas sus implicaciones provocaría el cinismo de un lector posmoderno. La mentalidad posmoderna va a percibir una conclusión cerrada y fija como una perturbación y una vínculo con los fundamentos de la modernidad.

Al final de *La piel del tambor*, se pone en evidencia que Quart y Macarena nunca estarán juntos; él nunca revelará la identidad de *Vísperas* a sus superiores; Ferro acepta su propio encarcelamiento en vez de divulgar la verdad; y se descubre que Gris Marsala es la asesina verdadera. Entonces, siempre nos quedamos en un estado de confusión e insatisfacción. Pero lo más decepcionante, y aún cínico, es el tratamiento de Quart por parte de sus superiores al final de su investigación. Al concluir su indagación, Quart regresa al Vaticano y mantiene que a pesar de haber salvado la iglesia, él nunca logró determinar la identidad del pirata informático. Por consiguiente, el Vaticano, declarando que Quart no ha cumplido con los mandatos del IOE, lo remite a un lugar remoto de Latinoamérica. Los lectores, sin embargo, comprenden que Quart simplemente entiende demasiado de la corrupción de la institución:

- ¿Qué van a hacer conmigo? - Ivaszkiewicz, siempre tan piadoso, quería mandarlo de funcionario a cualquier oscura secretaría [...] La idea es conseguirle un destino como agregado en una nunciatura; Hispanoamérica, a ser posible. Pasado un tiempo, si soplan mejores vientos y yo sigo al frente del IOE, volveré a reclamarlo [...] Considérelo un exilio temporal, o una misión más larga de las otras. Resumiendo: desaparezca una buena temporada. (Pérez-Reverte 508-509)

Los oficiales de esa facción secreta del Vaticano ya saben que el cura/detective ha penetrado demasiado en “los asuntos sucios” de la organización, y por eso ellos lo sentencian a un puesto donde jamás representaría una amenaza. Monseñor Spada le indica que el exilio sólo es temporal, pero comprendemos que esa afirmación es poco creíble.

Desde el comienzo de su misión, los oficiales del IOE han avisado a Quart que un resultado siniestro y desprovisto siempre existe como una posibilidad en este tipo de trabajo. Sin

embargo, nos sorprende que ellos lo traten de una manera tan injusta, y nos sentimos especialmente confundidos al descubrir que Spada permitió ese tipo de resolución, por lo visto injusta. Antes del viaje a Sevilla, Spada parece el único aliado que tiene Quart en el IOE. El prelado se fía de Quart y le da consejos; además, nos parece que ambos tienen un carácter bastante similar. Ellos se entienden, una condición que no se encuentra con frecuencia dentro del entorno profesional que comparten.

Asimismo, a pesar de su edad, Spada también parece guardar unos sentimientos cínicos: “Somos responsables de la fe de millones de seres humanos en una Iglesia infalible y eterna [...] Y sólo esa fe, sincera a pesar de nuestro cinismo curial, nos justifica. Nos absuelve. Sin ella, [...] seríamos sólo unos hipócritas y unos canallas” (Pérez-Reverte 50). Spada reconoce que los dos hombres no tienen una fe verdadera en Dios, ni en las prácticas curiales, pero él cree que el hecho de que los dos están protegiendo la esperanza y la fe de millones de devotos los absuelve de su hipocresía. El monseñor aún le confiesa al cura/detective que todo no se resuelve con la verdad, y que también hay verdades falsas: “Recuerde que en los tiempos que corren no siempre la verdad nos hace libres. Me refiero a la verdad aireada en público” (Pérez-Reverte 32). Según Stuart Sim, la sensibilidad posmoderna no tolera la predominancia de las verdades percibidas, sino requiere que todo se pruebe en el mundo físico (*Empires* 6).

Si Monseñor Spada realmente cree en sus afirmaciones sobre la verdad, nos sale hipócrita al final de la novela cuando sanciona el exilio de su amigo Quart. Quart, teniendo en mente los consejos previos de su mentor, elige guardar lo que aprendió acerca de la identidad del *Vísperas*, porque sabe que revelarlo sólo crearía más dificultades. Entonces, cuando los oficiales del IOE lo destierran, se pone en evidencia la hipocresía profunda que corre por toda la jerarquía vaticana. Spada pretende ser el confidente de Quart, pero en realidad, lo traiciona para proteger

su propio puesto dentro de esa jerarquía. En ese sentido, Quart se convierte en una figura tan honorable como el padre Ferro. Por primera vez, presenciamos que Quart se echa a una causa, al tratar de proteger los vestigios de la parroquia de Nuestra Señora de las Lágrimas, y a una septuagenaria en particular. Como el párroco, selecciona la vía más noble y acepta el castigo. Spada le indica a Quart que lo protegería, si supiera la identidad del pirata informático, pero esa promesa nos deja con una sensación profunda de insatisfacción. Spada ya se ha mostrado como un cura tan falible como los otros miembros de la aristocracia religiosa, así que sabemos que esa proposición es vacía, porque, como cualquier empresa grande, al Vaticano sólo le importa el mantenimiento de su propio poder.

Al terminar la novela, nos quedamos descontentos y desilusionados porque el Vaticano le ha tratado a Quart como un delincuente, cuando él sólo hizo lo que sus superiores le pidieron. Pérez-Reverte nos fuerza a reconocer las impotencias y la hipocresía de esta institución establecida. Él cuestiona los métodos, no sólo de la Iglesia Católica Española, sino también del Vaticano, para demostrar su degeneración como cualquier otra institución crecida y mantenida por seres humanos. Acaba su crítica hacia las fachadas falsas de la aristocracia católica con la traición del protagonista. Él aumenta nuestras dudas en ese establecimiento, provocando un escepticismo hacia una de las organizaciones más tradicionales en la cual mucha gente pone tanta confianza, al dejarnos aún más desilusionados después de haber concluido su texto.

CAPÍTULO III

CONCLUSIONES

En el presente estudio, hemos analizado el anticlericalismo empleado por Arturo Pérez-Reverte en crear una obra distintamente posmoderna: *La piel del tambor*. Primero, Pérez-Reverte aprovecha de una pequeña iglesia barroca para representar los vestigios de la modernidad. Después de la dictadura y el subsiguiente desengaño de las masas, España experimentaba unos cambios extensos en cuanto a su política y su cultura, y por eso brotaron varias facciones que intentaban resistir a las transformaciones nuevas. Esos grupos, como la parroquia de Nuestra Señora de las Lágrimas, querían preservar las tradiciones y costumbres de la modernidad, y así se negaban a aceptar el progreso, justamente como sus antecesores de la modernidad. Don Príamo Ferro, Gris Marsala y las Bruner luchan por la conservación de la iglesia no sólo por razones de vínculos históricos o de devoción, sino también porque la consideran una representación física de los valores tradicionales que la Iglesia Católica está perdiendo en una actualidad tan cínica. A la Iglesia contemporánea no le importan ni las dificultades de una pequeña iglesia que cae en pedazos, ni su parroquia diminuida, porque como otras organizaciones grandes, solamente se involucra en sus propios asuntos y en el mantenimiento de su propio poder.

Luego, exploramos cómo la Iglesia, tras sus intentos de reforzar su autoridad, se ha convertido en una corporación religiosa multinacional. Pérez-Reverte nos ofrece una crítica de esa organización que pretende que sus funcionarios mantienen un nivel de conducta más alta que

el de la sociedad laica, cuando en realidad la institución sí es susceptible a las vulnerabilidades humanas. El autor muestra la hipocresía de una organización supuestamente infalible que tiene que instituir una orden secreta llena de detectives, cuyo puesto les manda a unas investigaciones en los asuntos sucios de ella. Destaca las falsedades sostenidas por el Vaticano al haber creado el IOE, justamente para proteger a su poder absoluto sobre la organización, en vez de preocuparse por la fe de sus feligreses. Aún vemos la concordancia entre el Banco Cartujano y el Vaticano, cuyos oficiales, Machucas, Gavira y Corvo, se muestran capaces de ejecutar actos sórdidos para beneficiarse. El Vaticano, como la sociedad de Sevilla, sostiene una aristocracia muy prestigiosa, y los miembros de la jerarquía siempre tratan de subir la escalera social. Ellos se mueven en un entorno en que nadie hace aliados sin pensar en su estatus dentro de dicha aristocracia.

Gracias a sus propias impurezas, la Iglesia tiene que conseguir los servicios de Lorenzo Quart, un cura/detective. A pesar de que su puesto requiere que él ayude en el mantenimiento de la autoridad vaticana, Quart todavía señala la hipocresía de la organización. Él representa el mejor candidato para ejecutar la voluntad secreta de la institución, precisamente porque sostiene varios defectos como un cura tradicional. No es que solamente no tenga ganas de decir misa; tampoco cree en la existencia de Dios. En realidad, él se había integrado en la orden para aprovechar de su reglamento riguroso y para fugarse del mundo confuso que persiste fuera de la Curia. Pero su trabajo no puede callar a sus propias sensibilidades cínicas, y así, a lo largo de la novela, Quart cuestiona la fe católica y el poder casi totalitaria que ejerce la Iglesia. Es un cura muy progresista, que, a pesar de que se consuela con el orden eclesiástico, también desdeña los fundamentos de la vida curial. Vez tras vez, él se refiere a la soledad inmensa que siente a causa de sus votos de celibato y la lucha interior por no sucumbir a sus deseos carnales.

Mientras que Quart representa una anomalía eclesiástica a causa de sus tendencias progresistas, Ferro también se destaca como un personaje enigmático, pero es su tradicionalismo rígido lo que le hace una curiosidad. El párroco trata de agarrarse a los últimos vestigios de la modernidad, los cuales él presencia en las costumbres arraigadas de la Santa Madre Iglesia. Sus practicantes más devotos – Gris Marsala, Óscar Lobato y las Bruner – también se esfuerzan por realizar la preservación de Nuestra Señora de las Lágrimas porque sus propias vidas han sido destrozadas y la iglesia y don Príamo les proporcionan un sentido de alivio.

Sin embargo, no es sólo el tradicionalismo de Ferro lo que les atrae a los miembros de la parroquia, sino también su compasión y un entendimiento profundo de la humanidad. El párroco cumple con varias costumbres religiosas de una manera estricta, pero también se cree justificado en quebrantar algunos de sus votos para promover el bienestar de sus feligreses. Él se echa a una guerra abierta con la jerarquía del Vaticano porque es hondamente consciente de que su parroquia depende de su marca de inspiración. Su carácter – que vacila entre lo más conservador y lo más liberal – refleja la contradicción de la humanidad, un rasgo que también caracteriza el posmodernismo. Como hemos mencionado, la sensibilidad posmoderna se estriba en las paradojas y el escepticismo, y Pérez-Reverte, familiarizado con este valor, lo exhibe en el personaje de Ferro.

Pérez-Reverte no sólo expone el entorno masculino de la Curia; también honda en la situación femenina por medio de una monja norteamericana, Gris Marsala. Examinamos la crisis de fe e identidad que Marsala padece a lo largo del texto. Como Quart, ella también se enamoraba de alguien y tenía que negar sus sentimientos románticos y sexuales. Ella huye de su país natal y se echa a la restauración de Nuestra Señora de las Lágrimas para hacer reparaciones por sus pecados y su incapacidad de mantener su voto del celibato. Por otra parte, ella también

desdeña los requisitos anormales de la vida monástica; ella comparte la opinión de Quart de que una vida dedicada al servicio de Dios demanda demasiada soledad y una denuncia anormal de las exigencias sexuales.

Al final de la novela, tenemos la expectativa de que se desenredan todas las complicaciones y las paradojas que emergen en el texto. No obstante, al llegar a las últimas páginas de la novela, nos encontramos en un estado de profundo desengaño al presenciar el tratamiento desaseado de Lorenzo Quart y al descubrir la identidad de *Vísperas* y la de la asesina verdadera. El hecho de que terminamos la novela desilusionados señala, paradójicamente, el éxito del autor. Pérez-Reverte sabe que para escribir una novela que respeta los valores de la sensibilidad posmoderna, tiene que dejarnos en el mismo estado de desengaño que guardábamos cuando iniciamos nuestra lectura. Vivimos en un mundo actual que aprecia el escepticismo profundo de los principios modernos que se esfuerzan por mantener el estatus quo en que unos cuantos establecimientos guardan inmensa poder. Pérez-Reverte satisface su propio cinismo, y el de su público también, al componer una obra que desenmascara todos los perfiles de la Iglesia Católica y sus funcionarios. *La piel del tambor* no es un caso único del uso del anticlericalismo como táctica crítico-social, pero el hecho de que Pérez-Reverte lo introduce en un formato literario bastante popular permite que la novela sea inconfundiblemente posmoderna.

OBRAS CITADAS

- Alas, Leopoldo, *Clarín. La Regenta*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2004.
- Behar, Ruth. "The Struggle for the Church: Popular Anticlericalism and Religiosity in Post-Franco Spain". *Religious Orthodoxy and Popular Faith in European Society*. Ellen Badone, ed. Princeton: Princeton University Press, 1990. 76-112.
- Blecua, Alberto, ed. *La vida de Lazarillo de Tormes*. Madrid: Clásicos Castalia, 1975.
- Cardwell, Richard A. "Belief and Unbelief: After Nietzsche...? Madness...". *Belief and Unbelief in Hispanic Literature*. Helen Wing y John Jones, eds. Warminster: Aris y Phillips Ltd., 1995. 124-133.
- Callahan, William J. "Church and State, 1808-1874". *Spanish History Since 1808*. José Alvarez Junco y Adrian Shubert, eds. New York: Arnold, 2000. 49-63.
- Casado, Pablo Gil. "La piel del tambor: testimonio al modo posmoderno". *La Chispa '99: Selected Proceedings*. New Orleans: Tulane University, 1999. 61-67.
- Caudet, Francisco. Introduction. *Fortunata y Jacinta*. Por Benito Pérez Galdós. Madrid: Ediciones Cátedra, 2005. 11-86.
- Cózar, Rafael de. "El héroe y sus atributos en la narrativa de [sic] Pérez-Reverte". *Nausícaä* (2003): 45-59.
- Devlin, John. *Spanish Anticlericalism: A Study in Modern Alienation*. New York: Las Américas Publishing Company, 1966.
- Eagleton, Terry. *After Theory*. New York: Basic Books, 2003.

- Esenwein, George. "The Spanish Civil War". *Spanish History Since 1808*. José Alvarez Junco y Adrian Shubert, eds. New York: Arnold, 2000. 236-255.
- Eslava, Galán Juan. "Sevilla en *La piel del tambor*". *Nausícaä* (2003): 87-95.
- Gregson, Ian. *Postmodern Literature*. London: Arnold, 2004.
- Hughs, Holly Ann. "Elementos posmodernos en *La piel del tambor*, de Arturo Pérez-Reverte". University of Georgia (2005): 1-58.
- Lyotard, Jean-François. *The Postmodern Condition*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984.
- Martínez-Samos, Agustín. "*La tabla de Flandes y La piel del tambor* de Arturo Pérez-Reverte: Hacia una nueva poética de la novela criminal". *Espéculo: Revista de Estudios Literarios* 36 (2007): sin paginación.
- McHale, Brian. *Postmodernist Fiction*. New York: Methuen, 1987.
- Miller, Stephen. *Del realismo/naturalismo al modernismo: Galdós, Zola, Revilla y Clarín (1870-1901)*. Madrid: Ediciones Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993.
- Molina Martínez, José Luis. *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX*. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 1998.
- Muñoz Ogáyar, Jorge Joaquín. "Centros y márgenes: Las novelas con trama técnica de Arturo Pérez-Reverte". *DAI* 66 (2005): DA3170510. University of North Carolina, Chapel Hill.
- Navajas, Gonzalo. *Teoría y práctica de la novela española posmoderna*. Barcelona: Ediciones del Mall, 1987.
- Ocón-Garrido, Rocio. "The Postmodern Traces of Pérez-Reverte's Novels." *DAI* 66 (2005): DA3176312. University of Texas, Austin.

- Oleza, Juan. Introducción. *La Regenta*. Por Leopoldo Alas, *Clarín*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2004. 9-103.
- Oxford, Jeffry. "Arturo Pérez-Reverte". *Dictionary of Literary Biography*. Edición de 2006. 263-267.
- Pérez-Reverte, Arturo. *La piel del tambor*. Barcelona: Random House Mondadori, 1995.
- . "Conversación con Pérez-Reverte". Entrevista. Por Rocío Ocón Garrido. *España Contemporánea*. August. 2003: 99-112.
- . *El club Dumas*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 1993.
- . *El húsar*. Madrid: Santillana Ediciones Generales, 2004.
- . *El maestro de esgrima*. Madrid: Alfaguara, 1999.
- . *El pintor de batallas*. Madrid: Alfaguara, 2006.
- . "Entrevista con Arturo Pérez-Reverte: Deslindes de una novela globalizada". Entrevista. Por Carolyn A. Durham and John P. Gabriele. *Anales de la Literatura Española Contemporánea*. 28 (1) 2003: 233-246.
- . *La carta esférica*. Madrid: Alfaguara, 2000.
- . *La reina del sur*. Madrid: Alfaguara, 2002.
- . *La tabla de Flandes*. Madrid: Alfaguara, 1998.
- . *El capitán Alatriste*. Madrid: Alfaguara, 1998.
- Restrepo, Pablo. "Mediadoras y pérdida de la memoria histórica en *La piel del tambor*, de Arturo Pérez Reverte". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 32 (2007): 177-187.
- Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita. *El libro de buen amor*. Alberto Blecua, ed. Barcelona: Planeta, 1983.
- Sender, Ramón J. *Réquiem por un campesino español*. Barcelona: Ediciones Destino, 2004.

- Sim, Stuart. *The Routledge Companion to Postmodernism*. New York: Routledge, 2001.
- Sim, Stuart. *Empires of Belief: Why We Need More Skepticism and Doubt in the Twenty-First Century*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2006.
- Spitzmesser, Ana María. *Narrativa posmoderna española: Crónica de un desengaño*. New York: Peter Lang Publishing, Inc., 1999.
- Taylor, Victor E. *Religion After Postmodernism: Retheorizing Myth and Literature*. Charlottesville: University of Virginia Press, 2008.
- Unamuno, Miguel de. *San Manuel Bueno, mártir*. Francisco Fernández Turienzo, ed. Madrid: Alhambra, 1985.
- Wakefield, Neville. *Postmodernism: The Twilight of the Real*. Winchester: Pluto Press, 1990.
- Walsh, Anne L. *Arturo Pérez-Reverte: Narrative Tricks and Narrative Strategies*. Rochester: Tamesis, 2007.